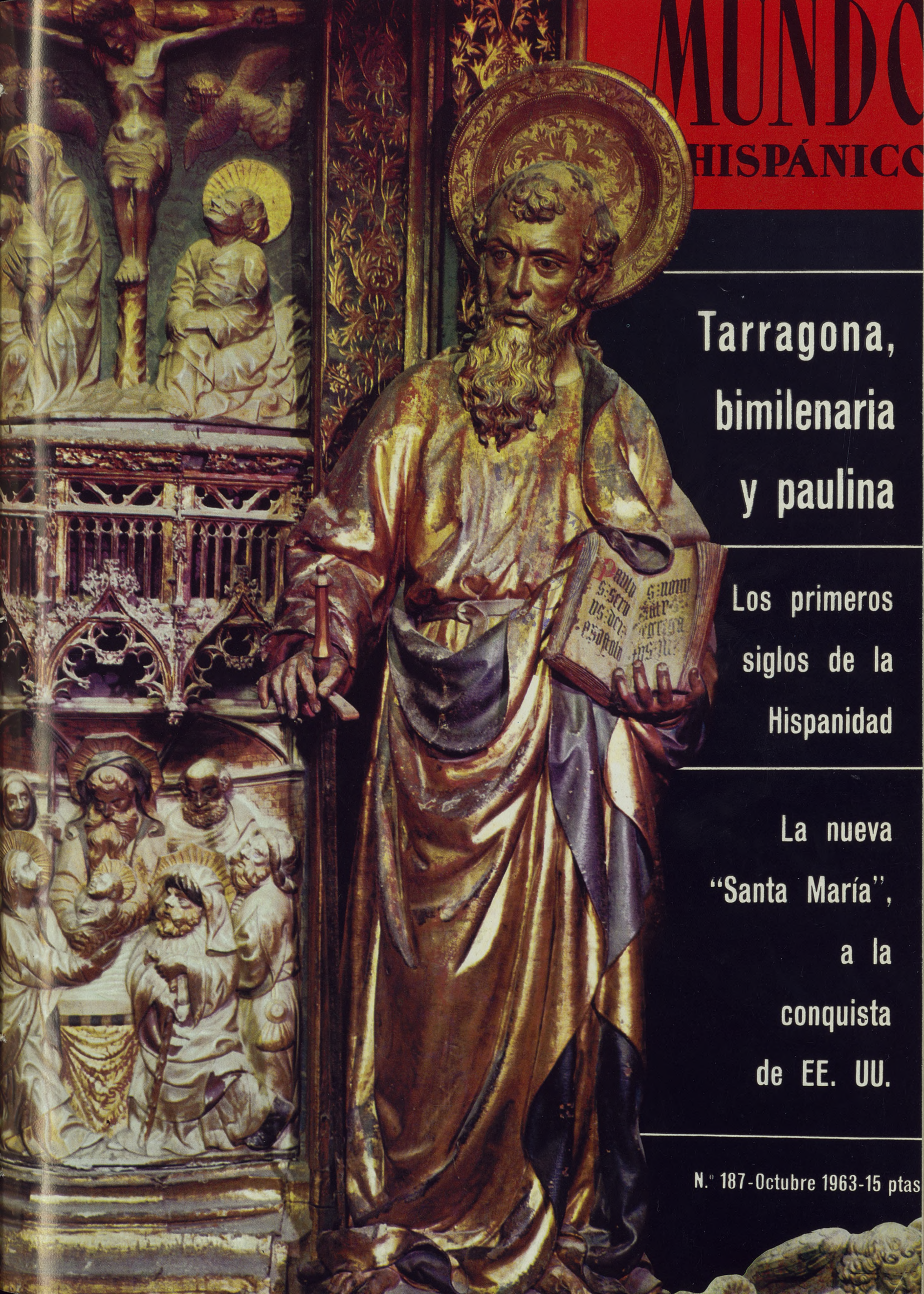


MUNDO HISPÁNICO

Tarragona, bimilenaria y paulina

Los primeros siglos de la Hispanidad

La nueva "Santa María", a la conquista de EE. UU.

N.º 187 - Octubre 1963 - 15 ptas

Prueba No. 1356 que cada cronómetro Omega Constellation ha de pasar: su cardiograma

El latido del corazón del reloj es amplificado y trasladado gráficamente a una cinta. Esto se repite 15 veces a lo largo de su fabricación. Cuando el Constellation está listo para su uso, ha pasado por 1.497 pruebas. Además ha permanecido 360 horas en una Oficina suiza de Control Oficial de Cronómetros.

Omega produce el 49,5 % de los cronómetros suizos. Una vez decidido usted a poseer un cronómetro, hay muchas posibilidades de que su reloj sea un Omega Constellation. Es asunto de simple aritmética. Casi la mitad (49,5 %) de la producción suiza de cronómetros está constituida por los Constellation Omega. Otros 104 fabricantes más hacen el resto.

¿Qué es un cronómetro? La denominación "cronómetro" ha sido decidida por las leyes suizas. Es el nombre reservado exclusivamente a relojes de gran precisión, de los que Suiza como nación se enorgullece.
Para poder usar el título de "cronómetro", un reloj ha de probar su precisión durante 360 horas en una Oficina suiza de Control Oficial de Cronómetros.

Todo Omega Constellation ha pasado la prueba para "cronómetro". En realidad la supera: recibe el certificado con la especialísima mención de "resultados particularmente buenos". Este es el galardón más alto a la precisión que las Oficinas suizas de Control Oficial de Cronómetros pueden conferir.

Su fabricación dura 4 veces más que la de un reloj normal. Ciertas piezas del Omega Constellation son manufacturadas con una precisión de 2/1000 mm. (1/9 parte de un cabello). En relojería es la diferencia entre lo bueno y lo mediocre, entre la exactitud y la inexactitud.

En total, un Omega necesita cuatro veces más horas de fabricación que cualquier otro reloj.

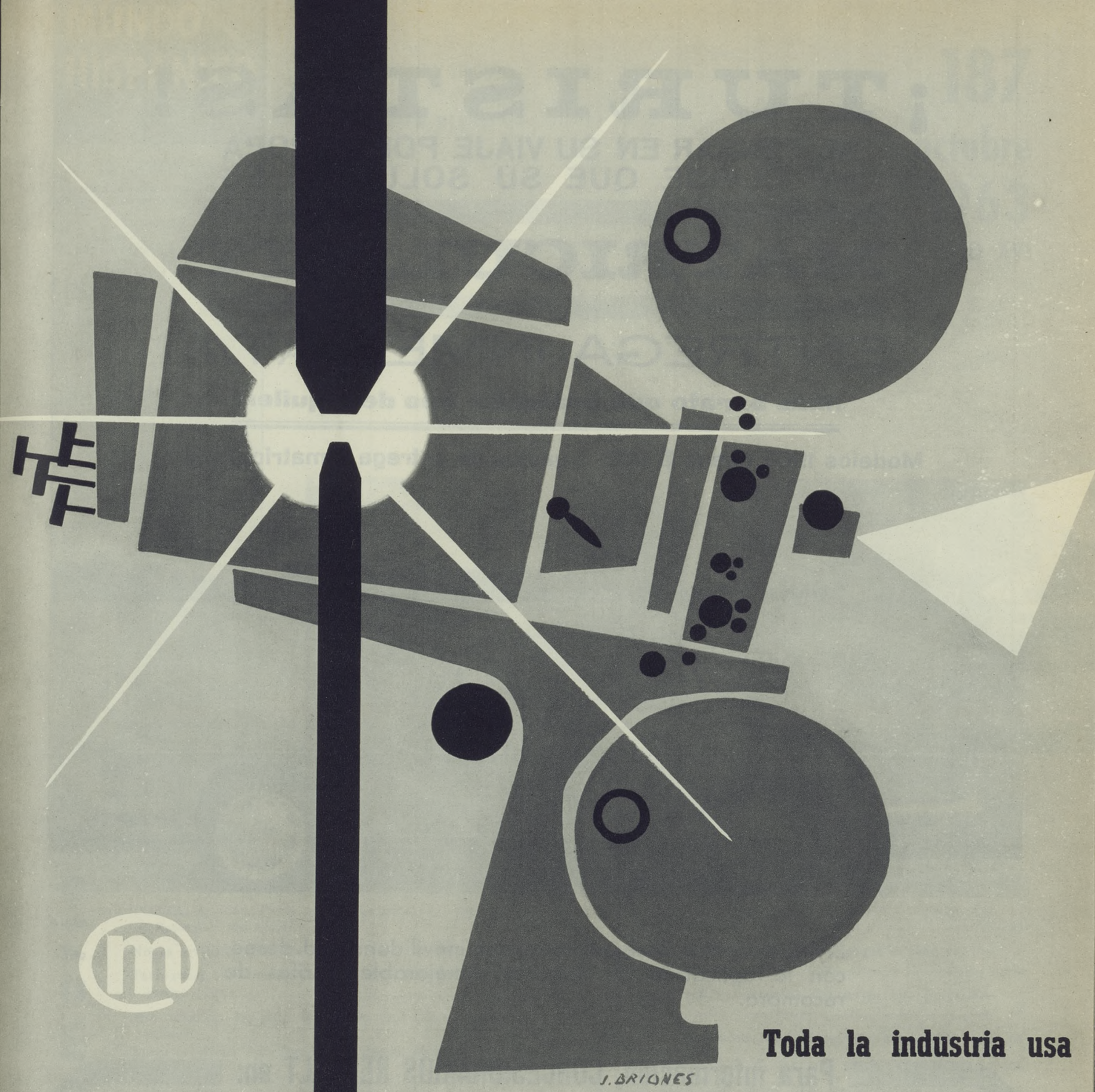
Si fuéramos menos rigurosos y exigentes, el resultado sería un aumento del desgaste, lo que produciría una disminución en la duración del reloj.

Omega ha cronometrado los Juegos Olímpicos desde 1932. En 129 países el nombre de Omega es sinónimo de precisión. De ahí que los atletas del mundo entero acepten los resultados de cronometraje de Omega.

Todos los cronómetros Omega Constellation son automáticos, impermeables, a prueba de golpes y antimagnéticos.

Automático Calendario

Caja de oro 18 qts (esfera de oro)	**24.900 pts.**
Caja de oro 18 qts (esfera plateada)	**19.400 pts.**
Caja con bisel de oro	**7.900 pts.**
Caja de acero inoxidable	**6.425 pts.**
OTROS modelos de caballero, desde	**2.600 pts.**



Toda la industria usa

CARBONES ELECTRICOS GELTER

C. Móstoles s.a.

GELTER MARCAS REGISTRADAS ⓜ

Fábrica:
MADRID
Antracita, 10 al 16

Fábrica:
BARCELONA
Esplugas del Llobrega

¡TURISTAS!

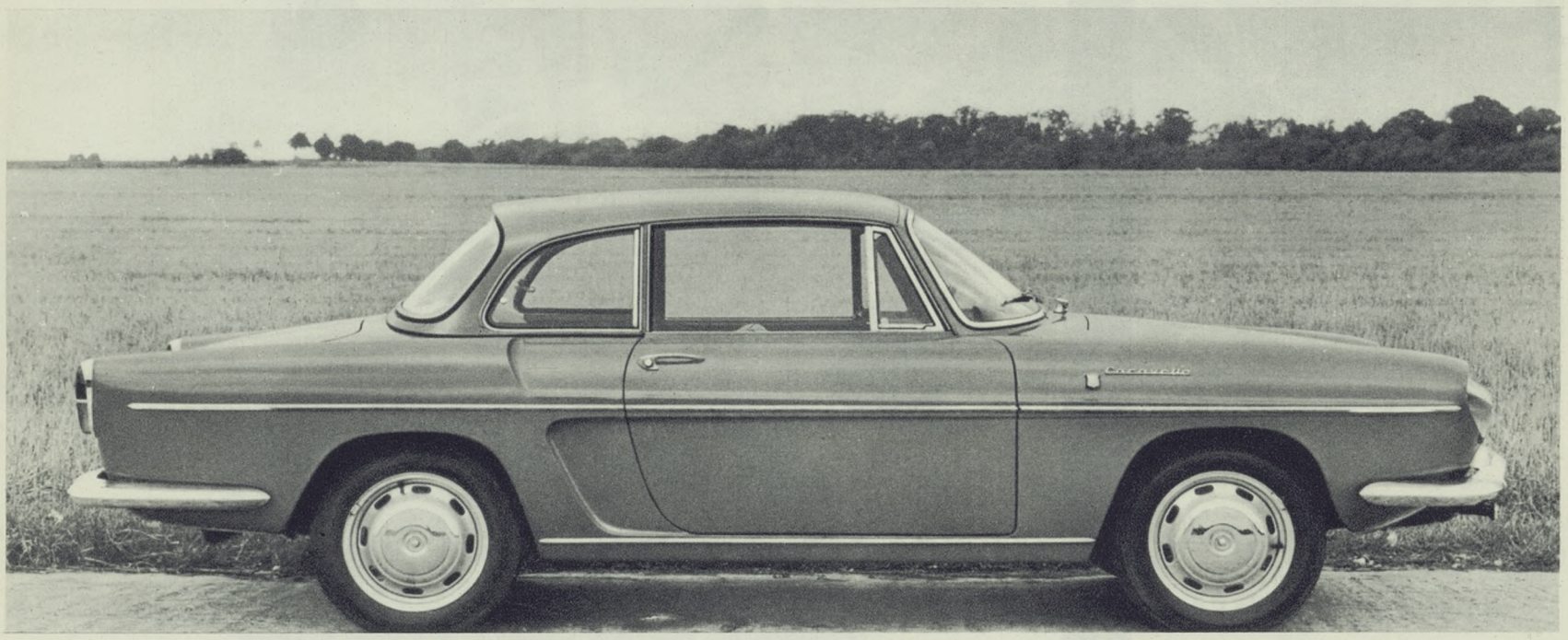
AL PENSAR EN SU VIAJE POR EUROPA NO OLVIDE QUE SU SOLUCION ES

MATRICULA TT

ENTREGA INMEDIATA

¡Más barato que cualquier tipo de alquiler!

Modelos 1963 desde $ 982 + gastos de entrega y matriculación



...y a su regreso devuélvanos el automóvil donde Vd. desee, con la aplicación de nuestras inmejorables tarifas de recompra.

Para información, CONCESIONARIOS RENAULT en:

- **VALENCIA** Mestre Racional, 19-21
- **SEVILLA** M. Vázquez Sagastizábal, 3
- **PALMA DE MALLORCA** Av. Alejandro Roselló, 79
- **CADIZ** Av. Cayetano del Toro, s. n.
- **MALAGA** Carretera de Cádiz, 178

MADRID-1
P.º Calvo Sotelo, 16

- **SAN SEBASTIAN** Av. Tolosa, s/n.º
- **ORENSE** General Franco, 68
- **LEON** Independencia, 10
- **LUGO** Ronda de los Caídos, 30
- **BILBAO** Gran Vía, 66

- **BARCELONA-11** Rosellón, 188-190
- **SANTANDER** Paseo Pereda, 35
- **LA CORUÑA** Pardo Bazán, 22
- **VIGO** García Barbón, 4
- **OVIEDO** Principado, 9

MUNDO HISPANICO

Director:
Francisco LEAL INSUA

Subdirector:
José GARCIA NIETO

187
octubre
1963
AÑO XVI

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION
Avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria, Madrid (3)

TELEFONOS
Redacción 244 06 00
Administración 243 92 79

DIRECCION POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS
Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA
Ediciones Iberoamericanas (E. I. S. A.)
Oñate, 15 - Madrid (20)

IMPRESO: EN LA FABRICA NACIONAL DE MONEDA Y TIMBRE, LAS PAGINAS DE COLOR Y DE TIPOGRAFIA, Y EN H. FOURNIER, LAS DE HUECOGRABADO

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK, MONTHLY: 1963 NUMBER 187 ROIG, NEW YORK «MUNDO HISPANICO», SPANISH BOOKS, 576, 6th Ave. N. Y. C.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

ESPAÑA.— Semestre: 85 pesetas. Año: 160 pesetas. Dos años: 270 pesetas. Tres años: 400 pesetas.

AMÉRICA.—Año: 5 dólares U. S. Dos años: 8,50 dólares U. S. Tres años: 12 dólares U. S.

ESTADOS UNIDOS Y PUERTO RICO.—Año: 6,50 dólares U. S. Dos años: 11,50 dólares U. S. Tres años: 16,50 dólares U. S.

EUROPA Y OTROS PAÍSES.—Año: certificado, 330 pesetas; sin certificar, 270 pesetas. Dos años: certificado, 595 pesetas; sin certificar, 475 pesetas. Tres años: certificado, 865 pesetas; sin certificar, 685 pesetas.

En los precios anteriormente indicados están incluidos los gastos de envío por correo ordinario.

Depósito legal: M. 1.034 - 1958

TARRAGONA

NUEVA «SANTA MARIA»

sumario

PAGS.

PORTADA: San Pablo en la Catedral de Tarragona. (Fotocolor Raymond.)

Nueva arribada a la Hispanidad. Por José María Pemán. 6

Tarragona, bimilenaria, hispánica y paulina. Por F. Alejandro 8

Mediterráneo: ese mar de España. Por César González-Ruano 18

Encarte: **«Félix Tarraco».** Por Eugenio Montes.

Los primeros siglos de la Hispanidad. Por Antonio Iglesias Laguna 21

La nao «Santa María», a la conquista de Norteamérica. Por Francisco Umbral 28

PAGS.

Otoño en Madrid: ida y vuelta de Casta y Susana. Por F. A. U. 41

La encuadernación, un arte milenario que se renueva. Por Eduardo Marco 48

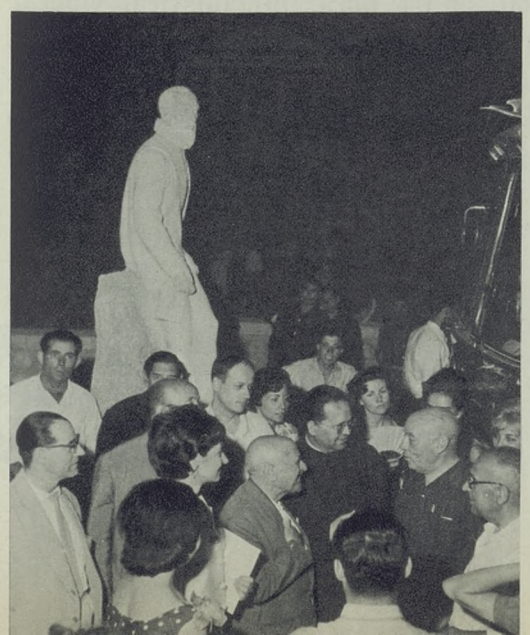
Entre el Greco y Cervantes, los toros. Por Félix Turienzo 54

Música en Compostela. Por Antonio Fernández-Cid 58

Objetivo hispánico 60

Trilogía del hombre nuevo. Por Mario Ancona Ponce ... 65

En un lugar de América, el 11 de octubre de 1492. Por Gastón Baquero 73



CERVANTES Y ESQUIVIAS

ENCUADERNACION

CASTA Y SUSANA

JOSE MARIA PEMAN

Nueva arribada a la

UN día llegó España a América. El decir que llegó movida por impulsos ideales—misión, evangelización, aventura; prolongación de las líneas penetrantes medievales; caballería, reconquista, gesta—puede parecer, a primera vista, un poema lírico. Para muchos es un vocabulario desacreditado en odas de circunstancias, juegos florales y fiestas colombinas.

Se necesita mucha finura mental para darse cuenta de que cabe una componenda entre los móviles espirituales y los económicos. ¿El Cid peleaba por la gloria, la fama, a que tantas veces alude, o por el botín, que tantas veces recuenta y anota con precisión de tenedor de libros? ¿El sueño de «Eldorado» es pura economía o pura quimera de caballería? ¿Es del linaje de los pozos de petróleo que se han buscado en California o del linaje de la Arcadia que buscaban algunos caballeros andantes? ¿Las especias significaban para el español del Renacimiento una mercancía negociable o una picazón estimulante? La «Fuente de la Juventud» que buscaba Ponce de León, ¿se parece al manantial de aguas termales que se busca para su explotación o al «filtro encantado» que, para el amor o la vida, buscaban los héroes del romancero? En definitiva: se dice fácilmente la sed de oro, el afán de oro. Pero hay también un oro casi metafísico, con cotización ideal.

Al margen de todo poema lírico, es demasiado evidente la conformación poética y antieconómica de la empresa de América. España llegó a aquella tierra con un impulso de penetración hacia Oriente que la cegó para muchas realidades. Oriente ha sido siempre un país de cuento de mil y una noches. Siempre ha tenido Oriente a la orilla de Europa un cosaco para invadirla o un perfume para adormecerla. La sugestión de la India, Katay, el Gran Khan, de la que nunca se apeó Colón, formaba parte del perfume.

Y parte de esa misma inercia orientalista fue la terquedad y ceguera hispánica empeñada en seguir su penetración hacia los fondos del saco americano que son las costas del Pacífico. Allí había de estar el oro y la fábula. Todo el mimo de España fue para los virreinatos del Pacífico. Lima y México eran las palabras mágicas de resonancias imperiales. Por eso, de las manos de España salió un mapa de América totalmente errado e invertido desde el punto de vista geopolítico. Grandes virreinatos en México y Perú, mientras quedaban desguarnecidas las Antillas, llave del continente. Hasta que vinieron los Borbones, con un sentido más económico e «ilustrado», no se fortificaron Cuba, Puerto Rico o Cartagena de Indias. Y toda la costa hasta Patagonia, donde hoy están los emporios de Río y Buenos Aires, era una extensión semidesierta, con desperdigadas factorías. Y toda la costa del Norte, la de Miami, Nueva York y Washington, visitada fugazmente por los Ponce de León, los Hernando de Soto y los Alvar Núñez; tierra inexplotada, paseada por reses salvajes y pieles rojas.

De este modo, con las manos metidas en los dorados fondos mágicos del saco—Perú, México—, nos sorprendieron los pueblos positivistas y de sentido económico, que se fueron situando en las islas del Caribe, en Trinidad, en las Tortugas, en Jamaica, en Haití, en Cuba, en Florida; en todas las almenas impagables, para piratear sobre nuestros galeones. Nosotros nos metimos en el saco, y dejamos los cordones que lo abrían y cerraban en manos más expertas en realismo y modernidad.

Esto podría parecerse demasiado a un ruidoso fracaso que relegaría la Hispanidad al cajón de los tópicos nostálgicos y evocadores.

Pero, de pronto, cuando estábamos en ese clima desilusionante, que se venía adensando desde el siglo XVIII, nos encontramos con que el mundo se está viendo obligado a realizar unas experiencias humanísticas en que los españoles le precedimos. Se están independizando grupos étnicos en pleno subdesarrollo cultural y natural. Los anglosajones están teniendo que dialogar con pueblos a los que un día tuvieron debajo, en una elemental tarea de superposición física. Y entonces está ocurriendo algo que Arnold J. Toynbee acaba de denunciar en unas conferencias dadas en la Universidad de Pensilvania, a las que habían precedido, en la misma línea, otras dadas en Puerto Rico. El fracaso que pareció corresponder al intento hispánico, en la hora económica, está ahora correspondiendo al intento anglosajón, en la hora humanística. Operan sobre los pueblos inferiores con ese terrible freno al que Toynbee ha llamado «hándicap de la riqueza». Ni en la esfera social ni en la esfera internacional es escuchado con mucha benevolencia el demasiado rico. La riqueza es un poder y un aislamiento. Hay una psicosis

de rico que es la que hace que la señora americana a la que Toynbee alquiló, durante unas vacaciones, su casa de Londres, no hubiera, al regreso del dueño, utilizado un solo teléfono de los abastecedores cuya lista le había dejado el escritor, pues todo, hasta el agua y el pan, lo había comprado en el supermercado de su propia embajada U. S. A. Ni en la hermana Inglaterra había sabido hacer otra cosa más que superponerse.

En estos momentos, cuando el Papa ha hablado tan claro sobre el modo de dialogar los grupos que estuvieron superpuestos, y cuando el mundo todo aplaude con sorprendente unanimidad, la histórica experiencia española se coloca de repente muy por encima de un puro lirismo trasnochado. Dando un rodeo se arriba otra vez a la Hispanidad. Es un precedente que el mundo tiene que entender y aprender. Toynbee lo ha entendido: «Las actitudes anglosajonas no son monopolio de los británicos y los americanos; son típicamente las mismas de los afrikanders holandeses, de los alemanes, de los hindúes de castas altas.» Afortunadamente, esos grupos de autoaisladores, aun reunidos, no forman más que una pequeña minoría de maníacos dentro de la humanidad. Los musulmanes y los católicos de lengua española y portuguesa tienen más originalidad: esos pioneros del espíritu no sólo beben o comen con los indígenas que han convertido, sino que se casan con ellos. ¡Dios los bendiga! Si la raza humana llega un día a fundirse en una familia única, a ellos se lo deberemos.

Hispanidad

IMPERIAL
TARRAGO

TARRAGONA,

bimilenaria, hispánica y paulina

San Pablo (siglo XIV), mural de la catedral.

LA colina se extiende hasta las mismas orillas del Mediterráneo, a los 41° 7′ 10″ de latitud norte y 1° 15′ 30″ de longitud este. Sobre esta colina está la ciudad. La ciudad es Tarragona, y en ella se respira el ensalmo de esta frase: «El clima es admirablemente dulce y el año una continua primavera.» ¿«Slogan» publicitario, turístico? Lo escribió Marcial en el siglo II. La templanza de Tarragona no es, pues, una improvisación de las agencias de turismo. Ciudad bimilenaria—lo que la emparenta en años con otras tan ilustres como París—, fue en un tiempo, al decir de los historiadores, foco de la hispanización de Roma. ¿Capital de los primeros siglos de lo que, desconociendo aún su propio nombre, iba a llamarse más tarde Hispanidad? Anterior a Cristo, plaza fuerte de los Escipiones, colonia y capital de la Hispania Citerior, hecha y deshecha por visigodos y árabes, el conde de Barcelona la convierte en capital eclesiástica del principado.

En el año 63 desembarcaba San Pablo en la imperial Tarraco. Pablo pasó bajo una de las puertas del recinto amurallado. Ahora pasa el visitante, el peregrino, el turista, el romero paulino. Las murallas son hoy Paseo Arqueológico, en el que se conservan las puertas ciclópeas, construidas con enormes bloques de piedra, al igual que el basamento de la muralla.

Tarragona, bimilenaria, hispánica y paulina, en su clima dulce y su continua primavera, de que hablara Marcial.

El eminentísimo cardenal De Arriba y Castro, paladín de la devoción paulina en España.

en el año 63 desembarcaba San Pablo en la Imperial Tarraco

la piedra, la fiesta y el vino

En la Necrópolis Paleo-cristiana, la piedra nos habla de enterramientos de los siglos tercero al quinto. Hay sarcófagos de mármol que hacen la muerte suntuaria. Sobre todo ello se alza la Torre del Pretorio, del siglo I antes de Jesucristo. En la arena del anfiteatro romano se hallan los restos de una iglesia románica del siglo XII y de de una iglesia visigótica del siglo VII. En el Foro Comercial, bajo las bóvedas del Circo, entre los vestigios romano-medievales de la Plaza del Pallol, crece hoy una hierba fina que enverdece sutilmente la historia. A pocos kilómetros de la ciudad, junto a la carretera de Lérida, se encuentra el acueducto, construido en la época de Trajano. Tiene 217 metros de largo y 27 de alto. La Torre del Pretorio halla su correspondencia en la Torre de los Escipiones—carretera de Barcelona—, un monumento funerario romano, que alza su piedra en diálogo aéreo con la torre hermana. Torres más altas han caído, pero éstas de la imperial Tarraco siguen en pie, para memoria de los siglos. De la cantera El Médol fue extraída la piedra para la edificación de la Tarraco romana. A veinte kilómetros del casco urbano hay un arco del siglo II—Arco de Bará—bello y lineal. Siguiendo el itinerario de la piedra, el visitante que llega a Tarragona en este año jubilar paulino de 1963 entra de pronto en el siglo XII.

En 1171 se empezaba a construir esta catedral, la catedral de Tarragona. Es una obra de transición, con elementos románicos y góticos. Los visitantes suben al coro, se extasían ante el altar mayor, acuden al sepulcro del infante Juan de Aragón, recorren claustros y capillas, buscan la gran talla de San Pablo. San Pablo, principio y final de su visita.

Iglesias románicas de Santa Tecla la Vieja y de San Pablo, restos medievales, patios de nobleza y señorío, museos con escondidos tapices... Y, de pronto, el encuentro con la ciudad moderna. Un desembocar en anchuras y amplitudes que prenuncian ya la inminencia del mar, el juego feliz de playas y pinos, de orillas donde el Mediterráneo impone condiciones o pacta con la suave arena dorada. La Universidad Laboral y la Ciudad Residencial tienen ya perfiles de un funcionalismo que es la última flor arquitectónica crecida en la ribera del Mediterráneo. Al viejo barrio marítimo lo llaman aquí «Serrallo». No esconde bellas huríes este Serrallo, sino que proclama la plata coleante del pescado, a la caída de la tarde, cuando arriban las barcas y se monta la subasta en la Lonja.

Peces de la mar para el *romesco*, un guiso de pescado que toman los entendidos con vino del Priorato—vino de mesa pastoso y fuerte, de exquisito *bouquet*—y el generoso Tarragona, de grato paladar. En estos vinos de esta tierra reina por derecho propio el famoso y característico *Chartreuse*. Con tales peces y tales vinos, más la alegría natural y la solera que dan los tiempos, se montan cada año, a la sombra de la piedra histórica, las fiestas patronales de San Magín, el 19 de agosto, y las de Santa Tecla, el 23 de septiembre, con la exhibición folklórica de los *castellers*, torres humanas que compiten con las torres que levantara Roma. La sardana vuelve a tejer su círculo vernáculo, y en otro círculo menos sosegado se torean toros como en toda la España.

Tarragona tiene un alrededor ilustre. Monasterios cistercienses de Poblet y Santes Creus, villa ducal de Montblanch, que es burgo amurallado y palatino, y ciudades como Reus y Tortosa, donde cantan gallinas ponedoras y suena el laboreo del arroz. Calafell, Camarruga, Torredembarra, Salou, Cambrills, Ametlla de Mar, San Carlos de la Rápita, son los puntos veraniegos de esta provincia, entre el mar y el río Ebro. Hemos asistido en Tarragona a la gran eclosión del turismo, que invade las terrazas de la Rambla Nueva, se asoma al mar y busca la artesanía local para adornarse la piel rubia o embellecer con una cálida nota mediterránea las paredes de su lejano hogar nórdico. Tiene la ciudad artesanos como Pascual Fort, el joven y viejo y barbudo Pascual Fort, orfebre y esmaltista, nacido en Reus, descendiente de los fundadores del antiguo gremio de plateros de aquella ciudad. Los europeos y los americanos llenan su tienda cada mañana, cada

LA CIUDAD DE TARRAGONA VISTA DESDE EL MAR.

Junto a un fragmento de la antigua muralla romana se halla la Plaza del Foro, donde cada día se desarrolla un pequeño mercado

Vista panorámica de Tarragona presidida por la Catedral, y una instantánea —el paso demorado de los turistas— que se repite cada día en las calles de la ciudad

capital de los primeros siglos de la hispanidad

tarde, buscando y encontrando cosas del pasado que parecen recién hechas, antiguallas de ahora mismo que han salido de sus manos con pátina de siglos.

Pablo, pregonero en Tarragona

«Llama insaciable, viento del Espíritu, pregonero de Dios», dice de San Pablo el himno oficial del año paulino. Pablo, pregonero de Dios en Tarragona. Y predicador por los pueblos de la Hispania, que fuera campo de legiones romanas cuando Pablo llegó a propagar la Buena Nueva, a lograr arrancar del error a las gentes de «la Iberia terminal». Por mar llegó San Pablo a España. Lo acreditan el sentido geográfico demostrado constantemente en sus largos viajes, la urgencia de dar continuidad a su predicación, la experiencia adquirida. El águila a que se refirió San Gregorio Magno llegó a España por el Mediterráneo, cumpliendo el mandato de predicar el Evangelio «desde Jerusalén al Ilírico y las Españas». Y no es difícil la deducción respecto al puerto de desembarco. Fue en el puerto español menos distante del punto de embarque: Tarragona. Tarragona, en un término natural de la calzada que Roma trazara, y a cuyo puerto, el más importante de la época, llegaban aquellos *birremes* y *trirremes*. Barcos mercantes con uno o varios botes a remolque. El puerto de Tarragona, con los otros de España, fue objeto de la preferencia de la ingeniería romana, y llegó a ser el más considerable del Mediterráneo español. Tarragona, según la afirmación de Prudencio, era ya «la primera ciudad entre los iberos» y sede de una de las tres clásicas provincias de la división territorial de Hispania. En Tarraco, el legado augustal que regía la Tarraconense, cuya jurisdicción se extendía a Cartagena por el sur y a Galicia y a Braga por el oeste, territorios de sus siete conventos o distritos jurídicos, y cuyas colonias llegaban a Guadix y a Elche. Ningún otro puerto de la costa mediterránea centraba como este de Tarragona el tráfico comercial; en

Monumento a Roger de Lauria.

La Rambla Nueva —con la nota pintoresca del botijero—, centro de la moderna Tarragona.

Apogeo turístico

e industrial de la actual Tarragona

él desembarcaban los cónsules y los pretores. «A sus aguas—escribe Aguirre Prado—se asomaban los embajadores de los núcleos administrativos integrados en las divisiones distritales cuando acudían a celebrar sus reuniones; en sus cercanías invernaban las tropas o eran renovados sus cuadros. Y de los campamentos tarraconenses marchaban las legiones para sus memorables hechos de armas. Tarragona romana, que mereció de César el título de *Colonia Julia Victrix Triumphalis*, con palacios, templos, gimnasios, foro, circo, capitolio, arcos monumentales, teatro, acueductos...» El Palacio de Augusto, el Arco de Bará, los bustos de los emperadores, las ánforas, luego sumergidas y hoy reencontradas; los ilustres varones que cita Estrabón, la visita de Augusto al templo de Júpiter-Amón... A esta Tarragona llega San Pablo. Viaja la Tarraconense y la Bética. Los caminos de España. Y Tarragona conserva la roca que sirvió de púlpito al gran vocero del ecumenismo cristiano. Y abrió su Año Jubilar o Año Santo Paulino el día 25 de enero de 1963, con indulgencias concedidas por Su Santidad Juan XXIII, himno oficial y *Oración a San Pablo Apóstol*, del cardenal De Arriba y Castro, paladín del XIX Centenario y de la devoción paulina en España.

Este Año Jubilar ofrece los siguientes hitos principales: solemne apertura el día 25 de enero, con asistencia del ministro de Justicia, en representación de Su Excelencia el Jefe del Estado, y de monseñor Antonio Riberi, nuncio apostólico, que celebró el pontifical; inauguración del monumento a San Pablo, solemne recibimiento del brazo de San Pablo, semanas de misionología y teología, peregrinación de la Adoración Nocturna Española, representación de *Vaso de elección*, de Lope de Vega; homenaje de los deportistas a San Pablo, peregrinación nacional de los Sindicatos, Congreso Nacional de Espiritualidad Paulina, y otras celebraciones religiosas, culturales, sociales, así como publicaciones, documentales cinematográficos, etc.

Bimilenaria y cosmopolita

Todas las celebraciones que gozosamente han coincidido en Tarragona durante el presente año tienen por debajo de su vigencia un secreto de eficacia que corre y perdura en los adentros de la ciudad. Tarragona, bimilenaria y cosmopolita, con piedras romanas de noble pervivencia y recientes hoteles neoyorquizantes, ha sido descubierta por el turismo internacional como capital y costa de privilegio. Simultáneamente, la ciudad y la provincia toda viven unos años de vital impulso económico, industrial y progresista. Los cincuenta mil habitantes de la actualidad serán cien mil en el término de unos años. Y es el gobernador civil quien nos hace esta profecía.

Tarragona—por sus hombres conoceréis a las ciudades—tiene un gobernador joven y activo: Rafael Fernández Martínez, un hombre de empresa, con la mirada firme y clara, que nos informa con dato exacto de la marcha de esta provincia. La cultura, la historia, el turismo, la riqueza industrial y agrícola, son plurales y crecientes tesoros en sus manos incansables. Por su conversación ha pasado todo el panorama optimista de esta región rica, tan antigua y tan moderna a un mismo tiempo. En Tarragona, por ejemplo, se instalará la primera gran factoría para tratamiento de semillas oleaginosas. Esta industria se dedicará especialmente a la soja, para lo cual se han aprobado ya los proyectos, tanto de las obras de estructura como de la maquinaria a importar. La situación del puerto

Imagen de la Virgen en la puerta catedralicia principal.

Torre de los Escipiones.

◀ **Claustro de la catedral.**

y su zona de influencia, en área de fuerte consumo por la densidad demográfica; las excelentes comunicaciones hacia el interior de la Península y Levante, han sido las principales razones que han inducido a radicar aquí esta fábrica. La producción inicial será la resultante de emplear unas 120.000 a 150.000 toneladas de materia prima por año, aun cuando las nuevas instalaciones tendrán una capacidad suficiente para ser utilizadas hasta 200.000 toneladas en un futuro próximo. Asimismo, dentro del plan de instalación de esta planta extractora, se prevé la construcción de un gran silo, con una capacidad de 15.000 toneladas, instalado en el mismo puerto. El proyecto del silo está presupuestado en 25 millones de pesetas, y las obras darán comienzo inmediatamente, en un plazo de realización que se cifra en ocho meses. La nueva factoría, cuando se encuentre en pleno funcionamiento, será una de las más modernas y la mayor de las fábricas extractoras de semillas oleaginosas de Europa.

En esta Tarragona, con dos mil años de historia y un ancho futuro por delante, van a celebrarse los actos del Día de la Hispanidad, con motivo de encontrarse la ciudad en pleno Año Jubilar Paulino y coincidir

Don Rafael Fernández Martínez, gobernador civil de Tarragona.

asimismo con el bimilenario de su capitalidad. El día 12 de octubre se reunirán en Tarragona los representantes diplomáticos de los países hispanoamericanos acreditados en Madrid y altas personalidades nacionales, para asistir a diversos actos religiosos y académicos. Será, pues, el día máximo de Tarragona bimilenaria, hispánica y paulina, a la sombra antigua y familiar del monumento a Roger de Lauria.

F. ALEJANDRO

(Reportaje gráfico de Raymond y Turati.)

Perspectiva de la línea férrea y del puerto, al atardecer. ▶

MEDITERRANEO: ese mar de España

Por
CESAR
GONZALEZ-
RUANO

En los días en que Tarragona, pura y clásica, enciende augustos recuerdos, pienso, sobre las rubias orillas de un Mediterráneo lírico, íntimo y de explicación difícil, en la huella de España, de la Hispanidad; en las geografías plurales y hermanas de esa fabulosa y verdadera patria mediterránea de la que sale siempre lo que a cantar invita. En ese mar antiguo y hermoso, que da acento a otros mares, tuétano a otras tierras, fábula a la historia e ilustres parecidos a las criaturas.

Quisiera que mi homenaje a Tarragona y al Mediterráneo entero fuera escrito con palabras sencillas, puras, elementales casi, que no necesitaran para su navegación entrañable de apoyos de cultura, puesto que su flor y fruto son la cultura misma, la cultura mágica y real al mismo tiempo, que no necesita, en su divina imprecisión, de precisiones, con las que yo, más que aumentarle nada, limitaría su grandeza, pondría carteles a las estatuas e innecesarios rótulos al paisaje. No; ni fichas ni fechas, ni siquiera un dato, ni apenas una afirmación con base en estas líneas de intención desnuda, escritas a la sombra de los cipreses, de los blancos muros, de las suaves, delicadas colinas, que, en cualquier parte, bajan cantando verdes hacia los intactos azules del mar: con seguridad femenina.

Nos hemos pasado los españoles más de media vida de nuestra historia hablando y escribiendo de lo que le debemos a la romanidad. Cierto es que ella nos dio tantas y tantas cosas que permanecen vivas en la memoria de los hombres y en la temperatura humana de las piedras. Roma hizo mucho. Como mucho hizo Grecia y, sobre todo, el aliento griego. Pero lo español, lo español autóctono y antológico, también dio mucho, también hizo mucho en esa gran patria mediterránea. Por conquista no sólo de las armas y las letras, sino del espíritu, que no tiene armas visibles ni letra para su canción.

Cuando recorremos el labio del Mediterráneo encontramos la huella española en plurales sitios. No sólo en la Nápoles virreinal, pícara, señora; con su calle de Toledo, con sus innumerables Castro, Flórez o Salcedo, que hablan el español antiguo; no sólo en el Arco de Aragón ni el chorizo, que allí se llama *cirizo*; no sólo en Palermo, con su plaza Vigliena—Villena—, ornada de estatuas de reyes españoles; ni en Monreale, donde vi la sepultura de don Juan Ruano, «*sepolto nella Capella della Navata della Chiesa*»; no sólo en el Oranesado, sino en muchas tierras más.

Si la augusta antigüedad nos hace descubrir en las innumerables excavaciones de nuestro suelo torsos de dioses y de diosas, los españoles les dimos, mejor que nadie, Dios.

Dios y sorpresa. Porque el Mediterráneo es mar de sorpresas, y la sorpresa encuentra su más expresivo tuétano en lo español.

Hay otra demostración humana importante de la vigencia de la Hispanidad en el Mediterráneo: que en ninguna tierra asomada a este mar el español se encuentra extranjero, acaso por razones muy parecidas a las que impiden encontrarse en España extranjeras a las gentes de más allá del Atlántico.

La Hispanidad es algo más profundo que un concepto. Más enraizado. Más fino y más fuerte. Por la vasta geografía de tres continentes encontramos la voz de España y también sus largos silencios.

Ese es nuestro legado de universalidad. Nuestro natural anticentralismo, con todo lo que tópicamente se ha venido diciendo.

Lo español no fue nunca absorción, ni siquiera integración, sino dispersión constructiva. ampliación de aliento y enseñanza de empresa.

Así se va entendiendo cuando las leyendas negras caen de sus falsos pedestales. Esa es nuestra auténtica y hermosa grandeza, para la que no nos hace falta ni siquiera ser grandes.

César Augusto, en el Paseo Arqueológico, frente a las murallas ibero-romanas de Tarragona.

4

PALABRAS QUE SIGNIFICAN BUEN CREDITO EN TODO EL MUNDO

BANCO EXTERIOR DE ESPAÑA
CAPITAL Y RESERVAS: Ptas. 1.098.730.000

Un Banco especializado en exportaciones e importaciones, y con una experiencia internacionalmente reconocida.

Aprobado por el Banco de España con el núm. 5.056/23

MOD. 1090
" 1090 L
" 1090 V
" 2030

CAMIONES 125 CV

CAMIONES 165 CV

MOD 1060
" 1060 L
" 1060 EL
" 1062
" 2010

MOD. 5061
" 5051 L
" 5022 C

AUTOCARES

AUTOBUSES

MOD. 5062
" 5022

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO DE E.N.A.S.A.:

COMERCIAL Pegaso S.A.

Y SU RED DE CONCESIONARIOS

CEA BERMUDEZ 10-12
MADRID

"FELIX TARRACO"

CAPITAL DE LA HISPANIDAD EN ESTE AÑO SANTO PAULINO

REALMENTE, estos Tarschu sabían escoger, pues si Tarrac-ina se enarca en buen sitio, allí donde el Lacio huele los jardines cámpanos, Tarragona se aúpa todavía mejor, señoreando este lúcido horizonte donde la hermosura se agiganta a lo sublime. Tarschu. A esa noble estirpe atribuye Schulten la divina ocurrencia de establecerse en este paraje privilegiado, y la hipótesis me parece muy verosímil. Pero si tal etimología admitiese objeciones, siempre seguirá creyendo que a Tarragona la fundó el mismo pueblo de artistas que ha dejado su genio en Toscana.

Busco, desde la Torre del Arzobispo, a la del Seminario, señas, señales de aquella estirpe olímpica. Ahí están. Ahí están las piedras ciclópeas alzadas no por los iberos, sino contra ellos, pues por el mar ese linaje de marinos no necesitaba defensas. Sólo le temía a la gente del interior, a la barbarie. Bajo las cabecitas femeninas de larga cabellera y nariz rota esculpidas en el Torreón de San Magín, comprendo que los dioses guardaban este lugar para el imperial destino que tendría después, haciendo a Tarragona ya casi romana antes de los propios Escipiones, pues lo etrusco es un componente, un elemento de la romanidad originaria. Y precisamente por esa prerromanidad de origen, Tarraco se encontraba propicia a recibir la fortuna escipiónica, y a ser cuna consular de la hispánica romanización.

Pienso en este pensar abrazando toda Tarragona con amorosa mirada, como la abrazaba la muralla que, en tiempos de Felipe II, vio Pons de Icart. Brazos de cíclope prendían virilmente a la hermosa ciudad por la cintura. Bajaban de la Acrópolis adonde agoniza el Francolí, talmente como los muros largos iban desde Atenas al Pireo. Cuatro mil varas medían, antes de que codos y recodos se le fuesen perdiendo en el olvido desde la segunda mitad del seiscientos. Algo del brazo nórdico asoma entre la Audiencia y la Rambla de San Carlos; algo del meridional perdura en la Costanilla de Pilatos. Y queda, con sus piedras sangrando al crepúsculo, la conmovedora Braga; a los pies del mar, cual una piel de leopardo.

La segunda muralla asume la primera, del mismo modo que Roma asumió Etruria regia; la Minerva con lanza y escudo de la Torre de San Magín prohíbe todo casticismo, convidándonos a amplias perspectivas de universalidad. Que por algo Tarragona se eleva poderosamente sobre sí misma, trascendiéndose. «Arce Potens Tarraco», exclama el vate del Mosela.

Saliendo del Museo Diocesano, yo me repetía letánicamente la inscripción ritual de la campanilla votiva consagrada por el «Nuncio Menor» a los magnos sacrificios augustos: «FELIX TARRACO SECULUM BONUM S. P. Q. R. ET POPULO ROMANO.» «¡Feliz Tarragona! ¡Buen siglo al senado y al pueblo romano!» Y esa oración de bronce levantaba en mí, con ecos de lecturas, evocaciones en bandada hacia horizontes antiguos.

Sertoriana y pompeyana, Tarragona vence al vencedor de las guerras civiles, pues César no se venga, para no maltratar su hermosura. Antes, a fin de llevarla al tálamo, le da su nombre: Julia. Nombre que Augusto redondea a la sombra del laurel: «Colonia Julia Triunphalis Tarraco.» Triunfal, porque con su cristalina atmósfera, con su clima de paz, que el mundo conoció en esa hora por vez primera, se comprende que un momento así fuese sentido como arranque de una nueva era. En efecto, los años pasaron a ser contados desde ese instante venturoso. A ese cómputo del tiempo llamóse Era Hispánica. Rigió en Aragón hasta 1350; en Castilla hasta 1385; y me gusta, me gusta que la Era Hispánica haya nacido aquí.

En gratitud a los favores octavianos le alza Tarragona un altar. El altar, en vida; el templo, en muerte. Apenas un año después de la defunción de Augusto, lo elevaron los tarraconenses, en memoria suya. Estaba donde estoy yo, al sur de la Catedral.

Encendidas al sol, en el aire más puro, esas columnas, radiantes en lontananza, eran el mensaje de bienvenida al marino; lo primero que de España veía, desde su nave, el procónsul en arribo a nuestras costas.

Otro templo en la Acrópolis: el de Júpiter, mencionado por Floro cuando refiere que ese dios luminoso, jocundo y raptor trajo en volandas la doncella Europa a Tarragona, y le gustó tanto, que aquí se quedó. Sugerente imagen. Metá-

Grabados: «Santa Tecla y San Pablo» (siglo XIV). Museo Diocesano de Tarragona.

fora que me complace recordar. «PORTICUS JOVIÆ», dice una inscripción del claustro catedralicio.

Se trata de Júpiter Ammón, el de cuerna corderil, adorado en las ardientes arenas líbicas, aquel cuyo culto, como paredro, quiso asumir Alejandro. Tarragona columbraba, pues, en el macedón, el arquetipo de los emperadores romanos. Visión históricamente justa. En Cádiz había soñado Julio César con el monarca helenístico, concibiendo un tipo de gobierno a su imagen y semejanza; el que moderadamente, y con equilibrio perfecto, su sobrino traduce en realidad.

La escalinata por donde se sube a la emocionante Catedral de Tarragona, la más emocionante de España entera, llevaba al templo jupiterino.

Ese templo sirvió de inspirador ejemplo a todas las provincias, o sea, toda la romanidad, según Tácito. «Divino Augusto», decía, tan campante, la inscripción en su dintel. «Fides Celtiberica», la fe española, que es creer en la persona y no en las abstracciones. Veteranos de Calahorra guardaron siempre a Octavio, aquí, en su palacio—el pretorio—, donde recibía embajadas persas e indias. Y esa guarda española lo guardó después en el Palatino.

Salgo al campo. Busco los linares que elogiaba Marcial. Blancos linos de Tarragona, origen de la industria textil catalana. ¿Dónde queda la fuente de los cuatro algarrobos? Que me lo digan al pie del acueducto. Subo al Fuerte del Olivo, y en este paisaje de sintaxis clásica, cuando los cipreses ponen su índice silencioso en los labios de la tarde, pienso en Floro y le rezo a San Pablo.

Floro: el don Pedro Mourlane Michelena de la antigüedad, pues como mi querido, inolvidable amigo, tenía un sentido poético del pasado, un concepto benévolo del universo, la tendencia a magnificar la Historia y a identificar el linaje humano con el rango senatorial, apostura de orden ecuestre, y un estilo para, con el mejor énfasis, escribir anales sólo en bronce de Quirite.

Floro no era tarraconense de nacimiento, pero en Tarragona compuso su lapidaria síntesis de la Romana Historia; a Tarragona exalta sobre todos los lugares del mundo, amándola cual la amaría el sabio Adolfo Schulten dieciocho siglos después. Y además de prodigarle piropos, recoge en embeleso los que le dedicaron otros enamorados como él.

Así el joven romano, que tras andar medio ecúmeno, se quedó aquí, ganado por la pureza de este aire inviolable: «La ciudad me encanta con sus gestos hospitalarios. Para quien mucho mundo ha recorrido, es el más agradable lugar. Gentes honradas. Todo es aquí orden y gentileza. No; esta urbe no se echa al cuello de los forasteros para abrazarnos; nos gana poco a poco. Su dulce clima, perenne primavera.»

Cerca del lago Braciano existía en la antigüedad un balneario. Ahí la investigación arqueológica encontró muchos vasos votivos dedicados por los agüistas a los genios tutelares del manantial. Uno de esos vasos tiene inscrito el trazado de la Vía Hercúlea con indicación de los más célebres albergues del camino. En Tarragona indica: «Parador del Gallo.» Sin gallo o con él, viniendo por la Vía Hercúlea, que es la del airoso Arco de Bará, he querido pararme en esta ciudad incomparable para deletrear epitafios marmóreos. Paseando sus calles, en la mano la «Guía» que compuso Del Arco en 1906, voy del llanto al éxtasis, del éxtasis al llanto, porque ahí se lee cómo, a mediados del ochocientos, en la reforma urbana que se hizo Rambla de San Carlos abajo, conforme se removía la tierra «brotaron a millares estatuas, relieves, frisos, lápidas, mosaicos, ánforas..., que se arrojaron al mar para relleno del puerto». Triste, triste. Pero en el «monumento de los Escipiones» hay una imagen de Atis. Es la divinidad antigua de la resurrección.

Entre velos alegóricos, palpitaciones míticas y errores gentiles, parece como si lo eterno anunciase ahí el resucitar de la carne; verdad que el Cristo hizo cierta con su resurrección, lo cual constituye el cogollo mismo de nuestra fe, de esa fe que hace diecinueve siglos vino el Apóstol de las Gentes a predicar a Tarragona.

Profeta judío, filósofo griego y ciudadano romano, San Pablo representa la plenitud de valores mediterráneos, recapitulados o encabezados en el Cristo; y el hecho de que este mediterráneo sublime y típico, mediterráneo ante el Todopoderoso, viniese, como el curso solar, a Hesperia, al país del véspero, le iba a señalar a nuestra patria su destino infalible, su misión: la misión de mediterraneizar el mundo, de portar al universo entero los valores paulinos: la profecía hebrea, la filosofía griega y la ciudadanía romana, la trinidad de bienes recapitulada en el Cristo. Y porque eso se predicó en la «Felix Tarraco», es justa la feliz iniciativa de proclamar durante el jubilar año paulino a Tarragona ara para el voto y la ofrenda de los destinos hispánicos, pues la Hispanidad es eso, sólo que en romance castellano: los valores mediterráneos encarnados universalmente y encabezados por la Cruz.

EUGENIO MONTES

LOS PRIMEROS SIGLOS DE LA HISPANIDAD

Por
ANTONIO
IGLESIAS
LAGUNA

EN el año 63 de nuestra era, hace exactamente dos mil años, desembarcaba San Pablo en Tarragona para hablar de Cristo a los iberos.

Setenta y un años después, en 134 después de Jesucristo, Publio Cornelio Escipión llegaba al mismo litoral paulino; no para traer un mensaje de amor, una fe redentora, sino para atacar con 60.000 hombres la fortaleza de Numancia. Numancia sucumbió, aunque su heroísmo igualase al de Sagunto. Vencida, fue objeto, como toda España, de un saqueo feroz por parte de algunos procónsules, cuya actitud motivó después la sublevación de Indíbil y Mandonio. Sofocada ésta, todavía resistieron los celtíberos dos siglos a las cohortes del César.

Se habla con justicia de la romanización de España, de la llegada de la latinidad a nuestras costas, que ya habían sabido de lo fenicio, lo heleno y lo púnico, como después sabrían de lo visigodo, lo suevo, lo bizantino, lo árabe. En cambio, se habla muy poco de la hispanización de Roma por los celtíberos romanizados. Recibir una cultura

es hermoso; asimilarla, devolverla acrecentada, enriquecida, es signo de madurez, de independencia espiritual. Silenciar la aportación hispana a la grandeza del Imperio, pasar por alto su contribución a la cristianización definitiva de aquél, es como escribir la historia de Hispanoamérica ignorando al Inca Garcilaso, a Ruiz de Alarcón,

Acueducto romano de Tarragona.

Restos del foro romano.

sor Juana Inés de la Cruz y Rubén Darío.

Andan gentes por ahí que hablan a boca llena de «latinidad» y «romanidad», con lo cual traicionan el verdadero sentido de tales voces, que en la época de esplendor jamás significaron exclusivistamente el parvo terruño de Rómulo y Remo, sino el conjunto imperial, la suma de las tierras romanizadas dentro del «limes». Entre sus provincias, ninguna más romanizada que Hispania, ha declarado el historiador francés Léon Homo al comparar la espléndida galaxia político-cultural ibérica con la pobre aportación de esas Galias que en diez años se rindieron a las legiones del César. Si las épocas más felices de Roma fueron las de Augusto y los Antoninos, conviene recordar que éstos eran una familia española.

Se ha confirmado, y con razón, que la historia de la España romana está por escribir. Acaso no se redacte nunca. De ella sabemos lo que nos cuentan los historiadores latinos, sólo interesados en poner de relieve las hazañas de sus generales, gobernadores y procónsules. Es, desde luego, una historia escrita por el adversario. Las proezas del antagonista ibérico, los nombres de sus jefes de tribu, son silenciados. Sólo algunos conocemos. ¿Mas quiénes fueron los que combatieron, y a menudo vencieron, a Asdrúbal, Aníbal, Pompeyo y César? ¿Los que se ganaron a pulso la ciudadanía romana? ¿Por qué romanos y cartagineses llevaban en sus campañas como tropas de choque a los celtíberos? A dos mil años de distancia ha de quitarse hierro a las proezas de los romanos. Si tardaron más de dos siglos en conquistar la Península, ¿cuánto hubieran necesitado para conquistar América? Me temo que todavía andarían guerreando por el Caribe.

En España el verdadero vencedor no fue Escipión el Africano, sino el humilde Saulo de Tarso. Quizá porque, a diferencia de aquél, no vino a exigir, sino a dar; no quiso someter, sino predicar la igualdad entre los hombres. Los tesoros de Tarsis le eran conocidos por el Libro de los Reyes, por los Profetas, por el procónsul cordobés Galión, por el hispano Indalecio; mas su misión era imponer la ley divina a los que practicaban la humana. «Que no los oidores de la ley son justos ante Dios; mas los obradores de la ley serán justificados.» San Pablo conquistó España sin explotar las minas de oro de Galicia, las de plata de la Bética; sin llevarse el lino, la oliva, el trigo, la vid, el ganado; todas las riquezas, en suma, de que nos dan cuenta cabal Avieno, Posidonio, Estrabón, Polibio, Plinio y tantos otros. San Pablo, en pura generosidad, se nos dio a sí mismo. Los romanos de entonces le martirizaron; los romanos de hoy, como los cristianos todos, le veneran por Apóstol de las gentes.

Romanos e hispanorromanos

Del siglo I antes de Jesucristo al V después de Jesucristo España se romaniza. Los continuos alzamientos y guerras no significan que la tenacidad romana no logre su propósito. Al cabo, las cervices iberas se someten al yugo moderador, civilizador, de la cultura latina. La tensión no quiere decir que las tribus peninsulares—tan trabajadas ya por pueblos bélica y culturalmente iguales a los romanos—no se sometan de grado al imperio de Roma. Cuando los hispanorromanos se alzan en armas es contra la opresión, el expolio por procónsules injustos. Se revuelven contra los que niegan la igualdad de derechos y deberes, contra los que acaso sienten rencor hacia esos «criollos» que en la propia Roma acaban por imponerse de tal manera, que de inferiores e iguales pasan a ser superiores. Son ellos los que, hispanizando el Imperio, ayudando a su cristianización, consolidan la obra de Augusto y Constantino. El escritor latino Aurelino Víctor exclama: «El mayor crecimiento de Roma debióse al es-

fuerzo y valía de los extranjeros. ¿Quién más divino que Trajano? ¿Quién más excelente que Adriano?»

Consecuencias de la conquista

Cuando una nación dueña de una cultura superior y con una fuerza militar incontrastable se impone a otra más débil, la somete a su imperio, sucede una de estas tres cosas:

1) El pueblo subyugado se halla a un nivel tan inferior y es tan reacio a dejarse asimilar, que la dominación, al cesar un día, apenas deja huellas indelebles. Caso de los germanos, que sólo se romanizaron superficialmente al ser incorporados a última hora a la vida político-militar del Imperio.

2) El pueblo sometido, celoso de su independencia, lucha tenazmente contra el invasor, mas a la postre, convencido de que éste aporta un ideal nuevo (la civilización), se rinde de buen grado. Adopta entonces su lengua y sus costumbres, pero conserva sus peculiaridades, su idiosincrasia, sus virtudes y sus defectos, y logra un día que el vencedor—influido a su vez—tome de él elementos étnicos y espirituales acrecentadores de su propia personalidad. Se llega así a la simbiosis, a la fusión de razas y culturas en entidades de orden superior. Caso de España, que no sólo se romanizó, sino que enriqueció cultural, política y económicamente la vida del Imperio; que supo darle el más grande de sus emperadores —Trajano—y salvarlo con el gallego Teodosio, quien conjura el peligro bárbaro, adoptando a los visigodos. Hispania, que ya enseñó con Trajano a respetar el cristianismo, da a la Roma de la decadencia un Osio, que afianza la cristianización iniciada por Constantino, condenando la herejía arriana en el Concilio de Nicea. Y es, finalmente, la patria del Papa San Dámaso, a quien cabe la gloria de coronar la evangelización paulina.

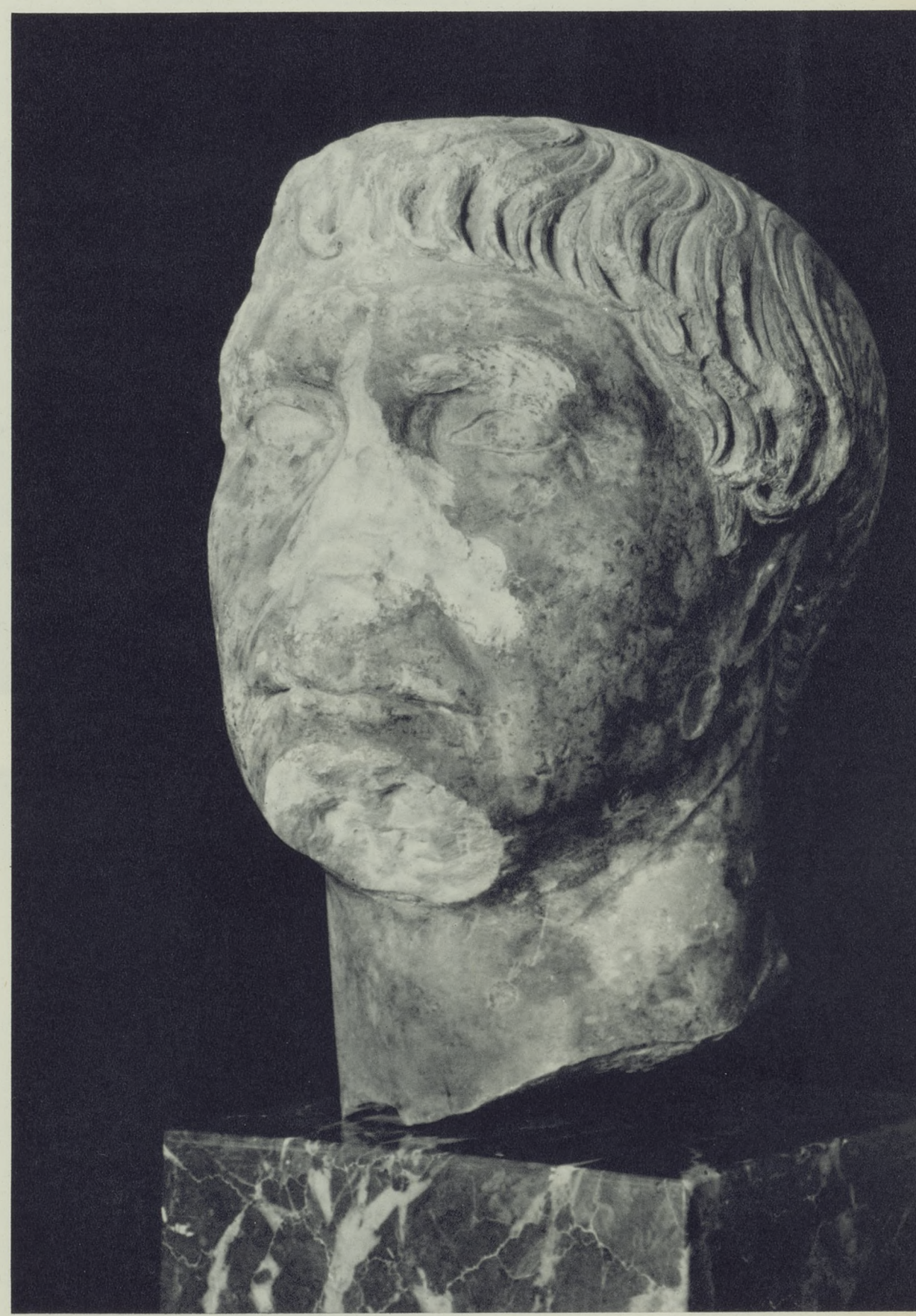
3) El pueblo militarmente vencido es culturalmente superior al vencedor. Se da entonces el fenómeno opuesto. El conquistador es el conquistado; adopta las creencias y costumbres del otro, recibe su civilización, que reelabora y continúa. No es el caído quien aprende la lengua del victorioso, sino éste quien la cultiva, considerándola signo de aristocracia espiritual. Caso de Grecia, que aportó al Imperio sus dioses, su literatura, su arte, su arquitectura, su filosofía, su ciencia y tantas otras cosas.

Las consecuencias futuras de haber asumido la civilización del vencedor serán distintas en cada caso.

La nación guerrera a ultranza—o el conjunto de sus tribus—sacudirá el yugo del conquistador y asolará su Imperio. Culturalmente, lo hará sobrevivir en la medida en que, después, por simbiosis étnico-religiosa, salve las esencias de la civilización antes repudiada. Este es el papel de Germania, todavía «culta» en comparación con las hordas asiáticas que la empujaron hacia las fronteras del Imperio romano. Aunque la salvación cultural no es obra suya, sino de la Iglesia, que la romaniza.

Los pueblos que tras guerras dilatadas adoptan el estilo de vida de sus subyugadores prosiguen su obra cuando éstos desaparecen, y en medio del caos general tratan de salvar lo salvable. Así ocurre en España, donde los hispanorromanos, guiados por la fe que San Pablo trajera, romanizan a los visigodos, que a su vez eran inferiores en cultura y civilización. La provincia de ayer—llegada a la madurez, adquirido el rango de nación—mantiene una tradición que en otras partes se extingue. La lengua aprendida será la base de la suya propia, todavía en gestación, olvidando las que en tiempos remotos hablara.

Al advenir la catástrofe, el pueblo culturalmente superior—la Hélade—se siente liberado y vuelve a sus propias esencias, modificadas, eso sí, por el contacto con el antiguo dominador. Por eso Bizancio, originalmente heredero de Roma, se aparta de lo latino y revierte a lo heleno, llegando incluso al cisma religioso.



Cabeza de Trajano existente en el Museo Arqueológico tarraconense.

Hispanización de Roma

Itálica, Emérita Augusta, Tarraco, Talavera la Vieja, Segovia y tantas otras ciu-

Ruinas del anfiteatro de Tarragona.

dades hispanas nos recuerdan, en la grandiosidad de sus monumentos, la acción civilizadora de aquel Imperio multisecular. A la vista de tanta grandeza se olvida a menudo el verdadero sentido de aquellas obras colosales. Se construyeron por necesidad, no para impresionar a las generaciones futuras. Wenceslao Fernández Flórez ha afirmado que «Roma trabajaba febrilmente en su historia para servicio de la Agencia Cook»; pero esto, claro, es humorismo. Un conquistador sólo deja verdaderas obras de cíclope allí donde ha conseguido civilizar al máximo, convertir la patria ganada en prolongación de la metrópoli. No se construye por placer, sino por imperativos económicos. Buscando un paralelismo, pensemos que las fortificaciones de Cartagena de Indias, las catedrales de México o el Perú, hubieran sido absurdas en el Matto Grosso o el Amazonas. Si Roma ha dejado en España más monumentos que en ninguna otra de sus provincias, se debe a que Hispania se romanizó con intensidad sin igual, consideróse obligada a aprender primero y contribuir después a la obra común. Pese a los crímenes de Galba, pese a Viriato, el mestizaje hispanorromano comienza a los treinta años de la derrota definitiva de los cartagineses. Los emperadores romanos consideran a Hispania el florón del Imperio, el factor determinante. Los historiadores latinos se percatan de que España posee características raciales que poco a poco va asimilando la propia Roma. El siglo I *después* de Jesucristo ha sido llamado el «siglo español del Imperio». Literatura, ciencia, emperadores—¡hasta las bailarinas gaditanas!—, son españoles, y el espíritu español —el senequismo—empapa la vida de la urbe, preparando el camino a la Iglesia. Claudiano dice que «Iberia debería estar orgullosa por los príncipes que regaló a Italia». Pacato Drepanio, pasando revista a la heredad imperial en el siglo IV, dice simplemente: «España dio a Dios cuanto vemos.»

La Hispanidad de los primeros siglos

¿Qué es la «Hispanidad» para los romanos? Primero, un complejo racial: espíritu indómito, amor a la tierra nativa, frugalidad de costumbres, carácter belicoso, abnegación; virtudes que resplandecerían más aún cuando Roma, sumida en la molicie, caminaba hacia el fin. Segundo, en lo puramente intelectual, la peculiaridad imborrable y fecunda de nuestras letras: la brillantez, la elocuencia, la concisión aforística, lo espontáneo y poco limado del estilo, la visión trágica y trascendental de la vida, el sarcasmo brutal envuelto en galanura de forma, el sentido colorista, el dinamismo frente a la serenidad clásica. Leyendo a Marcial, Lucano o Séneca nos parece estar ya ante precursores de Unamuno, Góngora y Gracián. El hispano aporta a la literatura latina el sentimiento religioso, la introspección, la visión retorcida y dolorosa del problema del ser. Saltando siglos, podría afirmarse paradójicamente que Hispania lleva a Roma el barroco, así como después contribuye a su triunfo en el Lacio: Gracián, Góngora, Ribera. Frente a perfección clásica, imperfección honda y vital.

Escenario del teatro romano de Mérida y uno de los accesos al anfiteatro.

200 habitaciones con baño y teléfono

Refrigeración en los salones públicos

RESTAURANTE
BAR AMERICANO

VESTIBULO

Hotel Principe Pio

Madrid

BAR

Teléf. 247 08 00
Cables: PIOTEL

Paseo de
Onésimo Redondo, 16

MADRID (España)

Aportación fructífera: en la Edad Media se lee a Séneca con pasión e igual sucede con Prudencio. No ocurre otro tanto en las Galias, cuya contribución a la cultura latina—Ausonio—es de poca monta. Las Galias no crean nada original: su literatura es mimética; continuación, no renovación, de lo latino. Por eso, mientras que el barroco tiene un signo decididamente español, el neoclasicismo es francés.

Los escritores hispanos

Son tantos los españoles que dieron esplendor a la lengua latina, que bastará con acordarnos de los principales: Pomponio Mela, el geógrafo; Silio Itálico, el cantor

Columnas del acueducto de Segovia.

de Sagunto; Marcial, el satírico (¡tan español hasta en su impecunia!); Annio Floro, el historiador; los dos Sénecas; Lucano, el épico, considerado el igual de Virgilio; el elegante Columela; el retórico Quintiliano, de quien se ha dicho fue uno de los principales educadores de Europa; Materno y Liciniano; el orador Porcio Latrón, maestro de Ovidio. Y, en los últimos tiempos del Imperio, los hispanorromanos Orosio y Juvencio, el lírico Prudencio, la monja gallega Etheria, primera mujer descriptora de los Santos Lugares.

Razón y pervivencia de la Hispanidad

Ninguna otra nación romanizada ha influido tanto en la cultura latina. España, a

través de sus genios y sus emperadores, hispanizó en buena parte a Roma. A quien lo dude, pensando que el vocablo «Hispanidad» es de cuño reciente y sólo aplicable a Hispanoamérica, habremos de recordarle que monseñor Zacarías de Vizcarra ha probado su antigüedad. Polio, en el siglo I antes de Jesucristo, habla ya de la hispanidad de Quintiliano como de un hecho diferencial y sustantivo. Así, pues, el término «hispanidad» era corriente en Roma hace veinte siglos y servía para indicar la impronta de lo étnica y espiritualmente hispano, a diferencia de lo puramente latino, que en otros aspectos es antagónico. Naturalmente, esta voz, «hispanidad», no pudo tener entonces contenido tan hondo, amplio y entrañable como ahora; pero señalaba una peculiaridad, un genio racial, un determinado influjo enriquecedor de la personalidad múltiple del Imperio romano. Influjo que, fenecido éste, mantendría la Iglesia española a través de los concilios; que llevarían a suelo itálico, lanza en ristre, los reyes de Aragón; que sería absoluto en tiempos de los Austrias y relativo bajo los Borbones.

Los emperadores

Mucho debe España a Roma, pero no es menos lo que Roma debe a España. Hispania, romanizada, dio a Roma un Trajano que ensanchó al límite las fronteras del Imperio; un Adriano que no permitió que la metrópoli aventajase en nada a las provincias; un Marco Aurelio filósofo que conjuró otra vez el peligro bárbaro; un Teodosio que, en horas de crisis, aseguró la pervivencia de lo latino.

El teatro romano de Mérida, el acueducto de Segovia, las ruinas tarraconenses, nos hablan de Roma en España; la columna de Trajano, la muralla de Adriano, nos hablan de España en Roma. Si César conquistó Iberia, Trajano conquistó Dacia. Y esta Dacia, la actual Rumania, la Nueva Roma, es lo único que entre las ruinas del Imperio ha perdurado en Oriente; el único pueblo de lengua y espíritu latinos; tan latino, que los rumanos llaman a la Vía Láctea, a nuestro Camino de Santiago, «calea lui Traian» (camino de Trajano).

La Puerta del Carmen, en la muralla romana de Lugo.

La Hispanidad, proyectada hacia el futuro

Y no olvidemos, por último, que si las lenguas romances de Iberia, saltando la estrechez del ámbito latino, se impusieron en el mundo que nuestro Séneca profetizara, fue porque Hispania, tras dar emperadores y genios a Roma, supo hispanizar lo latino y, fundido en su propia tradición, licuado en su propia sustancia, trasplantarlo siglos después a América. Lo cual no es, por cierto, «Latinidad», como algunos pretenden. Es, pura y simplemente, Hispanidad.

A. I. L.

(Reportaje gráfico de Raymond y Henecé.)

la nao "Santa María", a la conquista de Norteamérica

PERALONSO Niño, piloto; Diego de Arana, alguacil mayor; Rodrigo de Escobedo, escribano de la Armada; Pedro Gutiérrez, repostero de estrados del rey; Pedro Sánchez de Segovia, veedor real, y todos los otros, hasta treinta y nueve o cuarenta, están de nuevo en pie. En Norteamérica les han llamado los «hombres espaciales de 1492». Juan de la Cosa pasa lista en voz alta, ante la presencia silenciosa de Cristóbal Colón, el Almirante. «¡Luis de Torres, intérprete!; ¡Juan Sánchez, cirujano! ¡Domingo de Lequeitio, segundo contramaestre!; ¡Antonio de Cuéllar, carpintero!; ¡Domingo Vizcaíno, marinero y tonelero!; ¡Lope, calafate!; ¡Juan de Medina, sastre!»... Sí, están todos. De nuevo completa la tripulación de la «Santa María». Un buen puñado de españoles. Marineros, grumetes, camareros, pajes... En 1963, la nao del siglo XV vuelve a soltar amarras en aguas de la Historia.

Una gran iniciativa hispanista de la "Smithsonian

▲ Martínez-Hidalgo, Vineburgh y Cardona, los tres hombres de la nueva «Santa María».

Un alto en la tarea para el traguito de agua fresca. ▶

Institution"

José Sarrets Bertrán: tres generaciones de artesanos se suman en el oficio de este veterano calafate.

Nuevas y viejas técnicas de construcción naval en la nao de 1963.

El casco del barco se ha construido totalmente en madera de pino.

Calafateadores y carpinteros —un total de dos docenas de hombres— trabajando.

Mestres Cabanes, autor de las pinturas que decorarán la «Santa María».

Diorama de la salida de Palos.

El "buque espacial 1492" será exhibido en la Feria Mundial de Nueva York

«¡Tierra!»

Recepción de Colón en Barcelona.

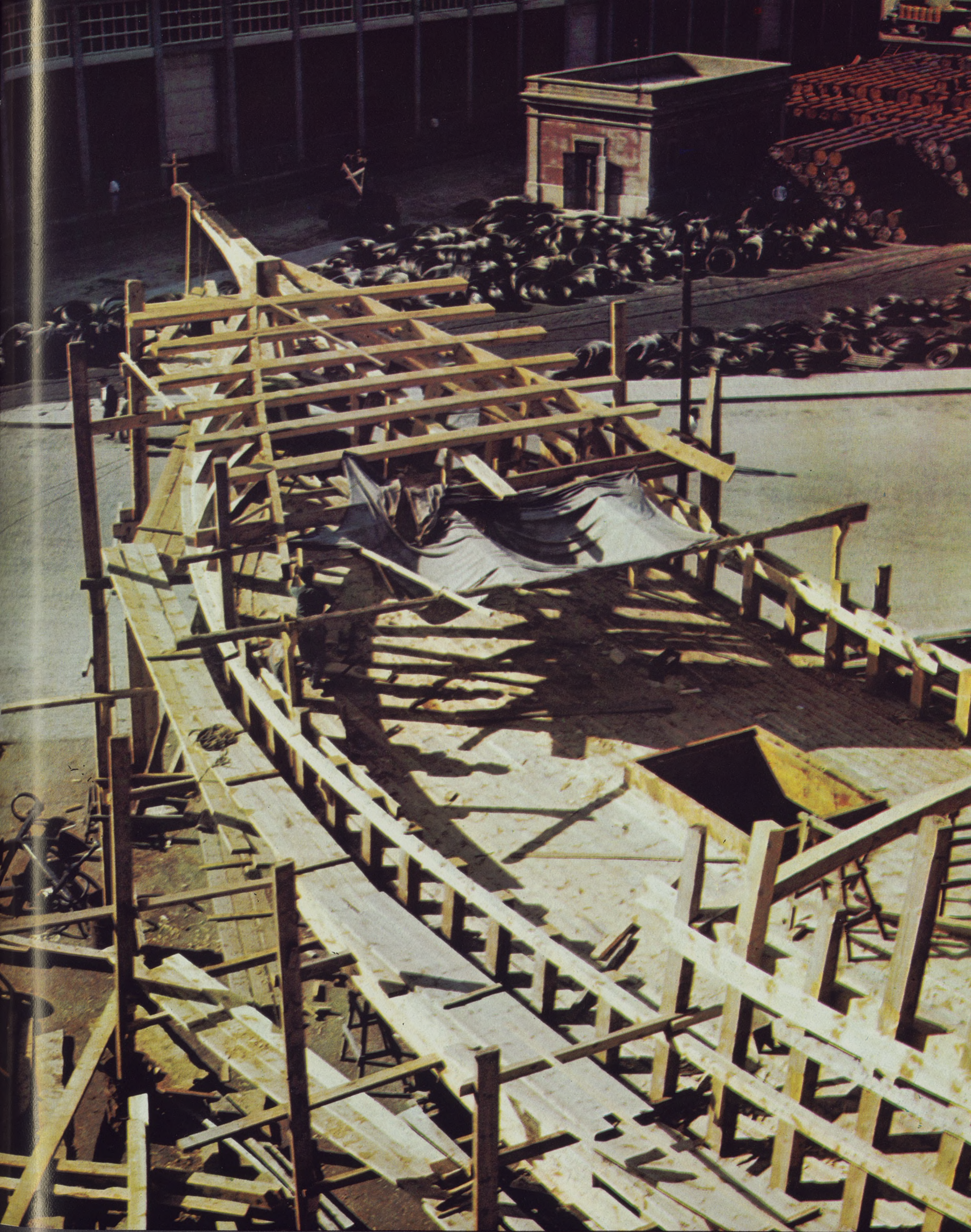
Amphitheatre

Florida

Hawaii

Plano de la Feria Mundial de Nueva York, con el lugar de anclaje de la «Santa María».

Reproducción del puerto de Palos en 1492, tal y como va a levantarse en el recinto de la Feria.



Pronto se harán en la mar las
pruebas de esta nueva «Santa María», réplica exacta
de la del Descubrimiento

Avanzan los trabajos en los astilleros Cardona, según puede comprobarse en esta vista de cubierta

La maqueta ofrece sus velas al viento del Museo Marítimo barcelonés

la "Santa María" se está construyendo en los astilleros de Barcelona

La «Santa María» es ya un barco mítico que, como todos los mitos, puede renacer una y otra vez, de tarde en tarde, con fuerza y realidad insospechadas. Diríase que cada nueva «Santa María» que se construye—y van ya cuatro o cinco a través del tiempo—es otra vez aquélla, la de entonces. Ahora se trata de la «Smithsonian Institution of Washington». El coronel Howard I. Chapelle, de dicha institución museal y cultural; Lawrence H. H. Vineburgh, José María Martínez-Hidalgo, director del Museo Marítimo de Barcelona, son los capitanes del grupo de norteamericanos y españoles que están creando una nueva «Santa María» para la Feria Mundial de Nueva York. Gracias a ellos nos encontramos de nuevo en el 3 de agosto de 1492. Todo lo que vino después está aún por suceder.

La «Santa María», un barco que dejó de ser realidad para convertirse en mito, vuelve a tener cuerpo y arboladura sobre las aguas del Océano.

A bordo de la nao

José María Martínez-Hidalgo es un apasionado de las gentes y las naves del Descubrimiento. El ha calificado a la «Santa María» como la nave más célebre del mundo, después del Arca del Diluvio. «El nombre de "Santa María"—nos dice—se le dio al ser elegida para la empresa colombina; anteriormente se llamaba "La Gallega".» A Martínez-Hidalgo debemos la oportuna diferenciación entre nao y carabela. «Tras el galeón y el navío vino la nao, entre cuyos tipos más representativos figura la "Santa María" de Cristóbal Colón, aunque corrientemente se la titule carabela.» Este hombre, investigador conocido mundialmente por sus trabajos sobre arqueología naval, es el autor del proyecto de la nueva «Santa María». A él se deben los planos y bajo su directa responsabilidad se realiza la construcción.

Buscando por Europa un lugar donde todavía se practicara la construcción de buques en madera, la «Smithsonian Institution» eligió los astilleros Cardona, de Barcelona. Esta «Santa María» hace el número 626 en buques de madera construidos por la familia Cardona en cien años de continua actividad, usando herramientas y técnicas de los siglos XIV y XV, y madera de dimensiones y curvas especiales, por lo que se refiere a esta nao, para cuadernas, quilla, roda, codaste, curvatones, etc. (Pino en el casco, la arboladura, el castillo, las amuradas, y abeto en los palos, que llevan creosota en el interior, para su conservación.) La resina de pino y el sebo en el casco responden también a las técnicas de construcción naval de la Edad Media. Aparejado, velamen y artillería tienen ya un sabor de autenticidad a bordo de esta nueva y antigua nao.

El coronel Chapelle y el señor Martínez-Hidalgo han trabajado en activa colaboración sobre los planos y en el astillero barcelonés. Nunca había sido recreado un barco del siglo XV con mayor fidelidad. Todos los cálculos de centro de gravedad, estabilidad, etc., se han hecho tan minuciosamente como si se tratase de un barco que, efectivamente, hubiera de navegar durante años. La nao tiene un desplazamiento de 148 toneladas. Cuando Martínez-Hidalgo contrastó sus cálculos con los del ingeniero naval Ricardo Martín Domínguez, catedrático de la Escuela de Ingenieros Navales de Madrid, sólo había entre ambos una discrepancia—prácticamente nula—de 96 centésimas de tonelada sobre esa cifra de 148 toneladas. La anécdota prueba bien claramente la meticulosidad con que se ha trabajado en la nao «Santa María», destinada a conquistar Norteamérica a través de la Feria Mundial de Nueva York.

La nave será decorada con toda la autenticidad posible, tanto en su aspecto exterior e interior como en la

Anclas de la «nao espacial 1963».

cámara de Colón, instrumentos náuticos, banderas y pertrechos de a bordo. En la bodega se presentará una colección de dioramas ejecutados por Mestres Cabanes, catedrático de Bellas Artes de la Academia de San Jorge y escenógrafo del Liceo de Barcelona. Son escenas representativas de la vida de Colón, con arreglo a este temario: naufragio de Colón en la costa de Portugal; Colón, cartógrafo en Lisboa; llegada a la Rábida de Colón y su hijo Diego, presentación de Colón en la corte de los Reyes Católicos, conquista de Granada, reclutamiento de tripulaciones en Palos, salida de Palos, salida de Canarias, descubrimiento del nuevo mundo, desembarco en San Salvador, naufragio de la «Santa María» y recepción de Colón en Barcelona. Además figurarán a bordo unos grupos escultóricos ejecutados por Montagut. Uno de ellos representa a Colón en su cámara, con el escribano y un paje; otro, un timonel a la caña, gobernando, con un piloto y un marinero en sus proximidades; en el tercero se ve al cocinero, el fogón, rodeado de varios marineros que esperan la comida; en el cuarto, serviola, en la cofa, explorando el horizonte, y en el quinto, grupo de marineros izando la vela de trinquete. Todos ellos son retratos de marineros y gentes de mar escogidos entre la actual población marinera.

A bordo de la «Santa María», entre el ir y venir de carpinteros y calafateadores, charlamos con Mr. Vineburgh, un norteamericano preciso y cordial, quien nos informa, en su inglés escueto, directo, un poco telegráfico, del destino de la nao. Será construida en Nueva York una reproducción del muelle de Palos en 1492. Esta obra se ha iniciado ya, bajo la dirección de Mr. David Taws. El muelle tendrá una longitud de sesenta metros, por ocho de ancho, desde tierra hasta el lugar de anclaje de la «Santa María», en el Meadow Lake. La Feria Mundial de Nueva York es, sin duda, la mayor feria del mundo. En ochenta millones de personas se cifra el cálculo previo de visitantes que tendrá el barco español, «el navío espacial 1492», como gustan ya de llamarlo en los Estados Unidos, jugando con el doble sentido del término inglés «space», que puede significar, por una parte, eficacia, oportunidad, y por otra, identifica a la «Santa María» con las naves espaciales de nuestro tiempo. «La Feria de Nueva York será la gran feria de la era espacial, y bien puede considerarse que la "Santa María" abrió las puertas de esta era descubridora. Creemos que la nao será lo más popular y visitado entre el público asistente, a juzgar por la expectación que ya existe en torno de este barco.»

La Feria tendrá dos ciclos de exhibición: el primero, de abril a octubre de 1964, y el segundo, de abril a octubre de 1965. También se ha pensado en llevar la nao a la Feria Mundial de California, en los años 66 al 68, y luego a San Salvador, al mismo lugar donde naufragó la primera «Santa María», con ocasión del homenaje a los descubridores. Finalmente, retornará navegando a España, con tripulación española. Será un primer acontecimiento la botadura en Barcelona. Una compañía de transportes navales portará la «Santa María» hasta Nueva York en la bodega de uno de sus buques gigantes. Esa compañía se compromete a embarcar la «Santa María» en dos horas.

Mr. Vineburgh nos pide el nombre de una posible madrina para la nao «Santa María», y le damos, sin dudarlo, uno que parece complacerle mucho:

—La actual duquesa de Veragua.

El barco sobre la mar

En los astilleros Cardona, del puerto barcelonés, se trabaja con sabiduría y tradición la olorosa madera del Pirineo. Viejos y jóvenes artesanos ejercen aquí su oficio de siempre. José Sarrets Bertrán, de cincuenta y siete años, calafate, sabe y habla del puerto de Barcelona, donde ha vivido, donde casi ha nacido.

—Mi padre y mi abuelo estuvieron ya en este oficio de calafatear barcos. Y también mis hermanos.

José Sarrets Bertrán habla un castellano reteñido de catalán.

—¿Y qué misterio tiene eso de calafatear, oiga?

Sonríe.

—Ninguno. ¿Ve usted esas junturas entre tablón y tablón? Pues hay que evitar que por ahí entre el agua. Se van tapando con estopa, masilla y cemento.

—¿Es un trabajo duro?

—Todos lo son.

—¿Mucha competencia en el oficio?

—No. Hay pocos especialistas.

Tranquilo, seguro, sencillo, José Sarrets Bertrán, hombre corpulento y maduro, va haciendo su tarea al costado de la nao «Santa María».

—Buen trabajo, maestro.

Y José Sarrets nos sonríe en catalán...

—Yo soy portugués, pero criado en Palos de Moguer.

Enrico Barreto de la Rosa es portugués, criado en el puerto de Palos. Tiene cincuenta y dos años y ha trabajado siempre en la construcción de barcos. Ahora almuerza el guiso que se ha traído en una tartera, sentado en el suelo, bajo el vientre enorme de la «Santa María».

—Mi padre y yo hemos sido constructores en Palos. Allí no se habían vuelto a construir barcos desde los tiempos de Colón, hasta que llegamos nosotros.

—¿Y cuánto tiempo lleva usted en Barcelona?

—Ahora hace un año.

Es simpático y parlanchín el portugués recastado en Huelva. Son buenas y sabias gentes las de los astilleros Cardona.

Fundados estos astilleros en 1863, de ellos salieron en 1891 la «Pinta» y la «Niña», recreadas por encargo del Gobierno de los Estados Unidos. Ahora se completa el tríptico con la «Santa María». Se trata de los astilleros en madera más antiguos de Barcelona. Actualmente cuentan con 42 obreros, 22 de los cuales están enteramente dedicados—carpinteros y calafates—a la construcción de la nao colombina, en la que han empleado seis meses. El precio de este barco es de 61.225 dólares.

Hemos visto en el Museo Marítimo de Barcelona una maqueta de la «Santa María» 1963. Ahora tenemos ante nosotros el barco casi terminado. Estará pronto sobre la mar. Va a la conquista cordial de Norteamérica. Y lleva consigo una gran misión hispanista. El sol del Mediterráneo cae sobre la hermosa arboladura de la nao, en cuyo andamiaje hay un fragor de trabajo. Alguien ha colocado una sencilla cruz de madera en lo alto de la proa. Al pie del casco, las enormes anclas de hierro, negras y poderosas. Un solitario niño del puerto, un niño de cobre y plata, juega entre ellas soñando largos sueños marineros.

FRANCISCO UMBRAL

(Reportaje gráfico de Italpress.)

Otoño en Madrid

Ida y vuelta de Casta y Susana

AQUELLA vieja y balanceante habanera tenía estos dos versos:

La tarde clara
de otoño madrileño...

Y luego seguía toda la letra menuda de la melancólica evocación, contándonos cómo y cuándo Alfonso XII volvía de los toros y Julián Gayarre cantaba en el Real, en tanto que la buena mesocracia madrileña y algún enamorado mal correspondido tomaban café en el viejo Platerías. Era aquél un Madrid que quería ser muy madrileño, encerrado entre la verja de palacio y el pinar de las de Gómez. Aunque las cosas han cambiado desde entonces, cada vez que el otoño vuelve a Madrid creemos escuchar en algún sitio—cree escuchar el corazón, con su mal o buen oído para estas cosas—la música, ya sin

Angelita y Concha se detienen, en su paseo por las calles, a charlar con el mecánico de la boina.

Al Madrid maquinizado de hoy se asoman las chulapas para componer una estampa de rejuvenecido casticismo.

letra—o quizá sólo la letra, sin música ya—de la habanera a lo mil novecientos. Todos sabemos que la autenticidad de las habaneras es muy relativa, y que esta flor musical suele manufacturarse ahí mismo, según se baja, en el certamen anual de Torrevieja. Una buena habanera puede haber nacido en cualquier sitio, del mismo modo que el mejor pan de Viena no es necesariamente el vienés, ni mucho menos. Los mejores localismos, los mejores tipismos, vienen a ser los falsificados, y esto lo sabe bien Madrid, cuyo madrileñismo no es sino una creación afortunada, pero convencional, de saineteros y concejales.

Por ejemplo, la Casta y la Susana. Y, sobre todo, esta Casta y esta Susana de 1963, que se han echado a pasear por las calles de la ciudad en este mes de octubre, confiando, para pasar por auténticas—siendo como son tan deliciosa y descaradamente apócrifas—, en el suave ensalmo madrileñista del otoño, de todos los otoños, cuando la ciudad tiene el sutil patinado de un cardenillo antañón, retrospectivo, como el que le dan o le quitan a las viejas medallas los anticuarios de la calle del Prado. En otra estación del año su aventura hubiera sido disparate, pero ahora, en este mes, en estos meses indecisos entre el oro y el cobre, entre el cobre y la plata, cuando las recientes verbenas estivales cobran en la memoria un prestigio de casticismo que seguramente no tuvieron, todos estamos un poco o un mucho predispuestos a tomar la broma en serio, a cobrar en moneda falsa. Y ahí están ya la rubia y la morena inmortales, la Casta y la Susana de siempre. Son ellas, las de entonces y como entonces. Ellas y no otras.

—¿Las del sainete?

—Naturaca.

Angela y Concepción—Angelita y Conchi en sus barrios respectivos—fueron elegidas como «Casta y Susana 1963» por los cordiales tribunales de barriada. Y están decididas hasta el final. Decía Ortega que cuando nuestras gentes de Iberia se ponen el atavío tradicional, folklórico, están con él como disfrazadas, aunque el atuendo, generalmente heredado, les corresponda por continuidad natural. Pues bien, he aquí que, a nuestro juicio, hay dos regiones, dos comarcas de lo localista, que se salvan de esto: Andalucía y Madrid. En Andalucía, el folklore sigue vivo, espontáneo, y el faralae es vuelo del garbo de la raza. Aunque la mocita andaluza vista falda estrecha, se le adivinan, se le echan de menos los faralaes al andar. En Madrid, el mantón de flecos y el pañuelo a la cabeza han sido siempre un poco convencionales, como postizos, y por eso hoy, a tantos años del estreno de *La verbena de la Paloma*, pueden seguir llevándose con el mismo derecho que el primer día. Quedan graciosamente convencionales, sí, pero no más que entonces. Angelita Ponte, nuestra Cas-

Casta y Susana 1963 pasean por toda la ciudad y se detienen a comprar en los tenderetes callejeros.

ATECO, S. A.

DIRECCION Y DPTO. COMERCIAL:
PASEO MARQUES DE MONISTROL, 7, MADRID
Teléfono 247 63 09 Direc. Teleg.: ATECO
FACTORIA:
ALCALA DE GUADAIRA (SEVILLA)
Teléfono 232

EXPORTACION A TODOS LOS PAISES DE:

- ACEITUNAS SEVILLANAS: lisas y rellenas de pimiento.
- CEBOLLITAS: lisas y rellenas de pimiento (especialidad para cocktails).
- RELLENOS ESPECIALES DE: aceitunas con cebollitas, almendra, alcaparras, etc.
- PEPINILLOS: lisos y rellenos de pimiento.

La mercancía se envasa en bocoyes, barriles, latas y frascos de pequeño formato.

REFERENCIAS BANCARIAS: Banco Exterior de España, Banco Popular y demás Bancos españoles.

LINKER

PRINCIPE, 4 - MADRID
Teléfono 231 35 13

MINIATURES
PORTRAITS IN OIL
PASTEL
CRAYON
FROM ANY PHOTO

RETRATOS AL OLEO
ID. AL PASTEL
ID. A LA ACUARELA
MINIATURAS SOBRE MARFIL
MINIATURAS CLASE ESPECIAL
DIBUJOS DE CUALQUIER FOTOGRAFIA

Oleo de 100 x 81 cm.

Oleo de 100 x 81 cm.

De sus fotos viejas de familia, así como de las actuales, le podemos hacer estos artísticos cuadros.

Hacemos notar a nuestros clientes que el actual cambio de moneda los beneficia considerablemente, dado que esta casa no ha elevado sus antiguos precios.

linker

CONSULTENOS PRECIOS Y CONDICIONES
PREVIO ENVIO DE ORIGINALES

Madrileñas de ayer y de hoy: del abanico y el mantón al mono y la gasolinera.

ta 1963, tiene tanto derecho a su abanico de país goyesco como la Casta de Bretón. Y Conchita Ortega puede airear los flecos de su mantón de Manila con igual garbo, desparpajo y desenfado que aquella Susana que le da un brazo, en nuestra memoria, al cajista jaquetón, y otro al buen boticario pillín.

Angelita Ponte tiene diecinueve años y es profesora de idiomas. Domina, sobre todo, el inglés. Rubia, delicada, esbelta, tras el ejercicio nasal de la pronunciación anglosajona, hace todos los días gárgaras de madrileñismo para aclararse la garganta y conservar su acento discretamente popular y barriopostinero. Conchita Ortega—Susana—tiene solamente diecisiete añitos y—no se lo digan ustedes a nadie—es de Murcia. Pero trabaja como taquimecanógrafa en una casa de seguros de la calle de Fuencarral. Quiere decirse que está ya más o menos madrileñizada esta Susana «taquimeca». Por otra parte, vive en el Madrid de la verbena de la Paloma, en el límite entre las comarcas entrañables de lo castizo, de un costumbrismo ya museable que se exhibe de vez en cuando—representaciones teatrales de verano—en la vitrina popular de la Corrala, y ese otro Madrid de capa y espada («el de los Austrias», según rezan los itinerarios turísticos). Casta, por el contrario, vive en la calle de Serrano, vecina de ese otro costumbrismo verbal—tan madrileño como el de Arniches y de la misma raíz, que aquí siempre han andado mezclándo-

se refinamientos y popularismos, aristocracia y pueblo, redecilla carlotercista e infantas castizas—del «hacer agujeros en Puerta» o «bronce en lo blanco». No es que Casta Angelita Ponte sea exactamente «una niña de Serrano», pero sí es bien cierto que vive en Serrano y que es casi una niña.

Para que se vea el temple y el desplante de las dos mocitas, he aquí una noticia casi increíble: ambas han rechazado los posibles contratos para el cine que les proporciona su palmito y la gracia con que están sabiendo llevar toda esta historia sainetera. No quieren ser «peliculeras» —ambición inmediata de cualquier muchacha con título de guapa y banda de honor—, aunque sí han aceptado un viaje de recreo por la Florida de los Estados Unidos, quizá porque el nombre les habla muy familiarmente de su otra Florida madrileña, la de San Antonio—«San Antonio de la Florida, la primera verbena que Dios envía», se dice en Madrid—, y sueñan con encontrar allí una repetición millonaria, tropical y cosmopolita de su pequeña verbena de tiro al blanco y bombillas baratas. Aunque una rubia y otra morena, ambas aspiran a lo mismo, según nos han contado a los preguntadores profesionales de la prensa: a casarse y tener muchos hijos, aunque, por el momento, ninguna de las dos tiene novio. Decía Ramón Gómez de la Serna que «Madrid es que las madres les hagan los abrigos a sus niños», y de esta greguería se desprende un manso rumor hogareño de máquinas de coser, que es el que encontramos también—adivinador Ramón—al fondo de los sueños de estas dos madrileñas «oficiales». En cuanto a lo de que aún no tengan novio, ello vendrá por sí solo, porque Madrid es todavía una de las grandes ciudades del mundo donde la gente se sigue casando mucho, como lo prueba el incesante crecimiento de los hormigones y los hormigueros humanos en las mil y una edificaciones del extrarradio, que han hecho realidad insospechadamente fecunda esa denominación en plural, tan usada y ya casi en desuso, de «los madriles». Los maridos llegarán en su momento, y ni siquiera hará falta, para atraparlos, el sinuoso y decimonónico lenguaje del abanico. De modo que tampoco importa demasiado que ellas no sepan jugar ese lenguaje—hoy la juventud y el amor tienen otras claves, o no tienen ninguna, porque todo es más sencillo, más sincero—, y que sus abanicos de chulapas sólo les sirvan para darse aire y aliviar el sofoco de haber salido a la calle vestidas así y que les digan tantos piropos.

El marqués de la Valdavia—un recalcitrante voluntario de Madrid—es quien les ha regalado estos abanicos a las criaturas. Son gentilezas de marqués y gracias de maja, pero más de verdad y más de mentira que antaño. Hacía años, muchos años —desde antes de la Restauración, quizá—, que un marqués no le regalaba un abanico a una madrileña popular. La cosa es tan de romance alfonsino, tan de tapiz goyesco, tan del más inefable tópico madrileño, que al saberlo nos hemos quedado enternecidos. Estas cosas sólo se le ocurren al señor marqués. A un amigo de la capa, como él. A un señor que no es de Madrid, y por eso se ha tomado tan en serio lo madrileño. ¿No es una noticia que da gloria? En este país, el pueblo pone el aire, el buen aire, y la aristocracia pone los abanicos para moverlo. Y así todo va bien.

Pero de esto casi nada saben nuestra Casta y nuestra Susana, que son tan jovencitas y posiblemente—ya era hora de decirlo—no hayan visto nunca *La verbena de la Paloma*. Claro que eso no importa demasiado. Lo que importa hoy es su presencia en la calle, paseando el bulevar o dejándose fotografiar ante los modernos edificios de la Ciudad Universitaria. En un tiempo en que nos negamos a admitir ya otras bellezas que no sean las de lo funcional, ellas se atreven a exhibir la belleza de un casticismo que no funciona. También se las ha visto entre la plaza de España y la plaza de Oriente, entre los rascacielos que marcan la estatura de la urbe y el Palacio Real, como para entrar a los jardines de Sabatini a presenciar el espectáculo *Luz y Sonido*, aunque ellas eran, son, han sido, sonido, luz y espectáculo incomparable del otoño madrileño. Compraron chucherías en los tenderetes callejeros y se detuvieron a charlar con el obrero que trabajaba con su extraña máquina en mitad de la calle. Tomaron un automóvil en una estación de servicio donde las chicas de la gasolina, con su «mono» y su peinado cinematográfico, son la verdadera obrerita madrileña de hoy, Castas y Susanas del continuo sainete automovilístico que es una gasolinera. Sainete que habrá que escribir pensando en un neocostumbrismo más real y más actual que el de don Ramón de la Cruz y Bretón de los Herreros.

Finalmente, hemos visto a Angela y Conchita tomando del brazo a un don Hilarión negro—estudiante, quizá, o militar de Torrejón—, con lo que la estampa pone inesperada réplica al mundo en esta hora de los segregacionismos y los antisegregacionismos. Ellas «le dan el opio con tal gracia»—el opio de la cordialidad, la hermandad y la igualdad de razas—, «que no lo puede resistir». Ya ven ustedes como jugando, jugando, hemos llegado—ellas y nosotros—a una verdad importante, trascendente. Que es, por cierto, lo que queríamos evitar.

F. A. U.

(Reportaje gráfico de Italpress.)

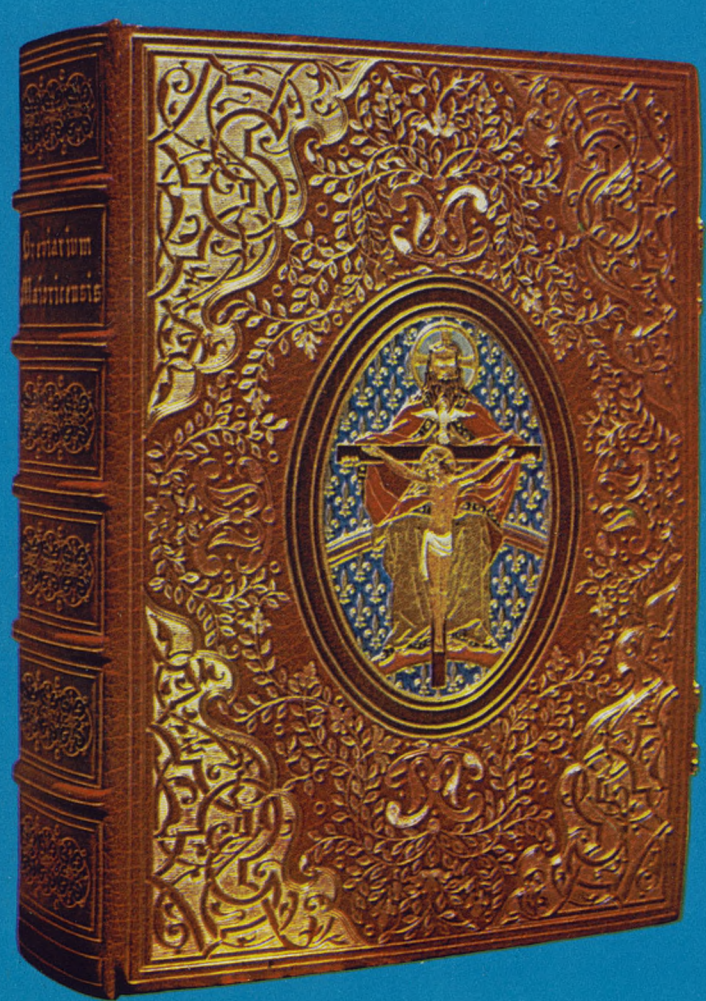
Casta (Angelita Ponte) y Susana (Conchita Ortega) con un don Hilarión de color.

En el marco funcional de la moderna arquitectura de la Ciudad Universitaria —Casa del Brasil—, y sobre el limpio cielo otoñal de Madrid, la sorpresa castiza y deliciosa de Casta y Susana 1963

la encuadernación, un arte milenario que se renueva

Una encuadernación del malogrado José Panadero, en pergamino pintado y laqueado

Brugalla, autor de «Tres ensayos sobre el arte de la encuadernación», estuvo trabajando dos años en estas cubiertas



Encuadernación de Palomino en el «Breviarium Maioricensis», propiedad de D. Bartolomé March

octubre:

III Congreso Internacional de Bibliofilia en Barcelona

DORREGO, un maestro encuadernador, contaba como en sus tiempos de aprendiz con el famoso Ginesta tenía en la calle dos misiones trascendentales: la de comprar los churros para el desayuno de su maestro y la de desfilar hacia Palacio cuando Ginesta, de chistera y levita, encabezaba la marcha, con el oficial, el ayudante y el aprendiz del taller, para entregar una de las obras terminadas.

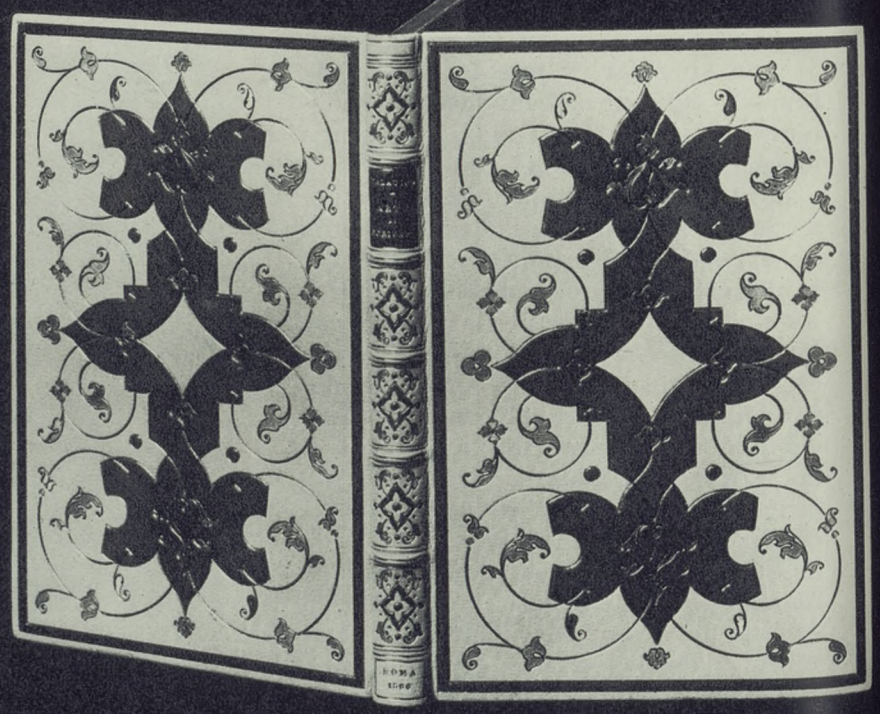
El trabajo del encuadernador tiene algo de legendario. Probablemente porque en sus orígenes medievales se halla emparentado con el del orfebre, con el del joyero. El encuadernador es hombre que conoce y ama el libro, así, en singular, y que lo reviste de tapas y estuche adecuados a su contenido. Es un artista más, y si quien lo escribió puso en él todo su saber o su inspiración, el encuadernador pone luego su sensibilidad y su cariño de artesano culto en interpretarlo y protegerlo. Cuando en los primeros años de la imprenta el número de ejemplares era muy reducido, la encuadernación cumplía una función fundamental. Hoy, la industrialización, la encuadernación mecánica y las grandes tiradas no han sido suficientes para hacer olvidar tan tradicional oficio. Antes bien, siguiendo la evolución del gusto, los encuadernadores, aunque escasos, luchando en contra de desproporcionadas dificultades y desdenes, han seguido enriqueciendo el libro como objeto el más digno de cuantos crean la mano y el ingenio del hombre.

Antolín Palomino.

El trabajo del encuadernador

Emilio Brugalla.

Jõan Miró, encuadernación en ante.



Palatino. «Arte di Scrivere».

se equipara al del orfebre

Evolución

El rollo de papiro y los libros-acordeón de los chinos—que todavía fabrican, por cierto—son las primeras formas de la encuadernación. Luego, las hojas pegadas o cosidas por el borde constituyen los primeros libros tal como hoy los conocemos. La necesidad de protegerlos contra el uso y el tiempo creó las tapas. Todo en evolución lenta. La decoración y el enriquecimiento con nobles y preciosos materiales es cosa de inspiración personal, prueba de amor, homenaje y ofrenda de trabajo.

La tradición española y la perfección en los trabajos sobre cuero, herencia árabe, han tenido una ininterrumpida continuación hasta nuestros días, bien que las obras de los artesanos actuales sean, por lo costosas, muy poco conocidas.

Encargar una encuadernación artística significa desprenderse temporalmente del libro, pagar una elevadísima suma (miles de pesetas, hasta cantidades que superan en ocasiones el valor del libro, por raro que éste sea) y esperar varios meses a que el taller lo termine. El taller, por lo general, no tiene más que un solo operario: el propio maestro encuadernador.

España, que ocupa tal vez el segundo lugar entre los países del mundo por lo que a este arte se refiere, cuenta actualmente con muy buenos maestros, cuya obra hemos podido ver expuesta recientemente en la Exposición de Encuadernadores Españoles Contemporáneos, celebrada en el Museo Municipal de Madrid.

Nuestros contemporáneos

Los maestros indiscutibles de la encuadernación son Brugalla y Palomino, junto a los que hay que poner los nombres de Josefina Díez Lassaletta, experta en encuadernaciones antiguas; José Galván, establecido en Cádiz, uno de los más personales creadores; Angel Macedo, joven maestro, profesor de Encuadernación en la Escuela Nacional de Artes Gráficas de Madrid; Mariano Monje, cuya labor docente se resume expresivamente en sus tres manuales publicados; Saturnino Martín, «Nicolás», concienzudo artesano abulense, bien conocido de los bibliófilos; Charito Sancho Viana, poseedora de un inconfundible estilo personal...

Acudimos a la definición que en su libro ofrece Mariano Monje Ayala: «La encuadernación es el arte de juntar en un volumen o masa compacta, bajo una sólida cubierta, las hojas del libro, para facilitar su uso y asegurar su conservación.» Pero es la imagen literaria—además de la contemplación de los bellos ejemplares—lo que nos da una idea más exacta de este arte. Emilio Brugalla, el célebre maestro catalán, ha compuesto una apología, grabada en las contratapas de dos obras suyas: «La encuadernación es un arte milenario, gloria, blasón y escolta majestuosa del libro. Ofrenda consagrada a la inteligencia y a la palabra escrita, don divino otorgado al hombre.»

Brugalla, el autodidacta

Emilio Brugalla Turmo lleva cincuenta años en este noble oficio, del que él mismo dice:

—Trabajando, se vive. Pero con muchas dificultades.

Brugalla, que es el encuadernador más caro que hay en España, confiesa:

—Nosotros no cobramos por el valor artístico de las obras, o por nuestra inspiración, pues esto no tiene precio ni medida, sino por las horas invertidas.

Especialista en todas las manifestaciones de su profesión, nos habla de los nuevos materiales, que califica de «estridencias de conquista». «La forma tradicional es el clasicismo del antiguo perfil.» Cita rarezas; entre ellas la más tristemente original fue la que se describía simplemente, en cierta ocasión, como «encuadernación en piel humana». En los últimos años se ha utilizado dignamente el plástico, pieles de peces y reptiles, nácar, maderas exóticas...

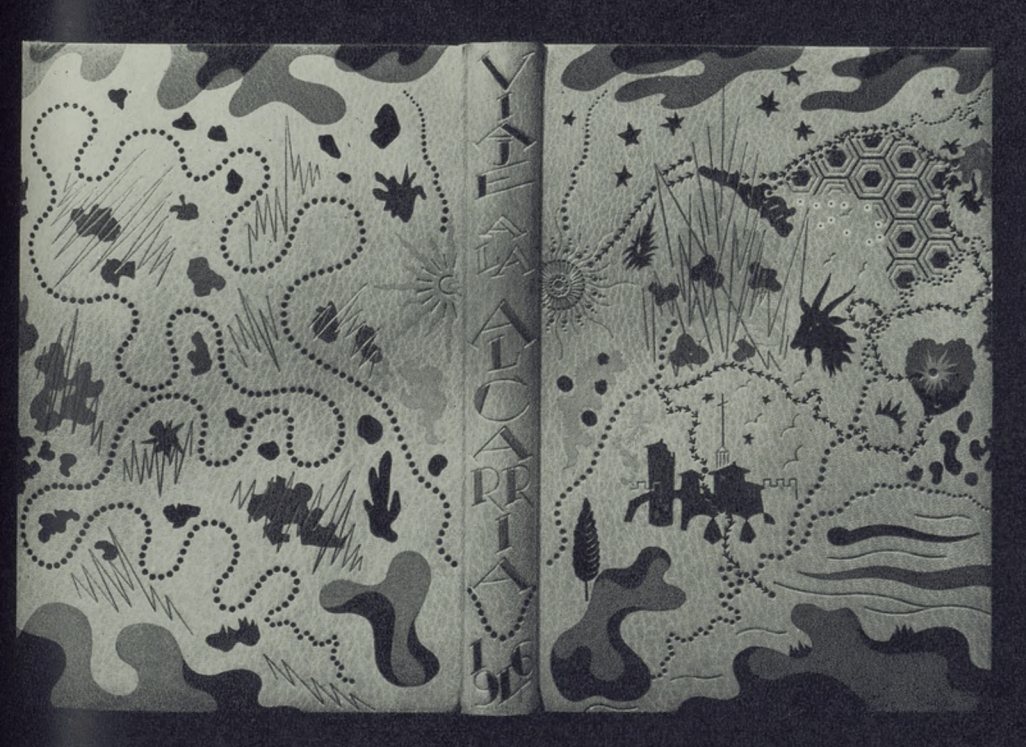
—¿Qué cualidades necesita poseer el encuadernador?

—Como en todas las artes, sensibilidad. Sensibilidad para todo lo que sale de la mano del hombre. Hoy existen escuelas adecuadas, con tiempo y métodos justos para aprender lo necesario. Pero hay que poner de sí mismo lo que personifica y atrae el gusto de las personas sensibles.

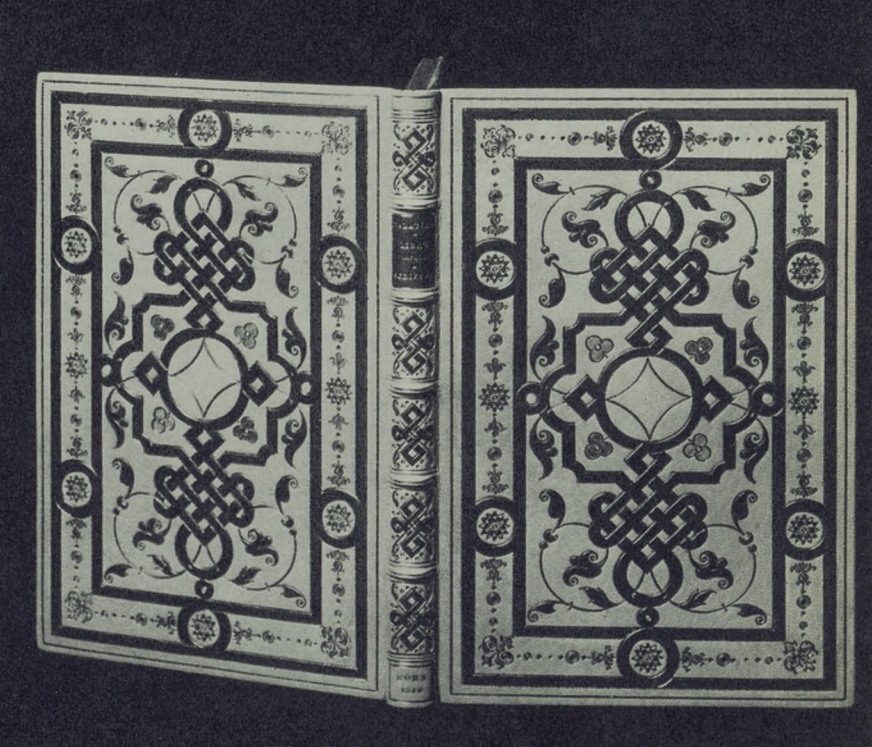
—¿Dónde se hacen las mejores encuadernaciones?

—París sigue siendo el paraninfo de la encuadernación. En lo industrial, Bélgica, Alemania y Suiza.

Brugalla, con su original manera de expresarse, revela al autodidacta que confiesa ser. Tiene verdadera pasión por el teatro. Cuando, muchos lustros atrás, conoció en Barcelona al actor Ricardo Calvo, se dio a leer todo el teatro de la época. Recita obras ente-



Cela: «Viaje a la Alcarria».



«Libro d'imparare a scrivere».

Taller de artes gráficas del Ayuntamiento madrileño.

ras de memoria. Lector empedernido, siempre lee en voz alta, todo cuanto cae en sus manos, «excepto la poesía moderna no rimada». Hasta ha sido capaz de estudiar, por gusto y pura afición, un año de latín.

Palomino o la voluntad

El otro maestro cimero de la encuadernación, establecido en Madrid, artífice de los más bellos ejemplares de bibliófilo, famoso en esferas oficiales y privadas, es Antolín Palomino Olalla, un hombre de vitalidad exuberante, temperamento ardiente, cálido en el trato, vivaz en la conversación y barroco en las ideas. Generoso, amable, comunicativo, pronto contagia su entusiasmo por su arte.

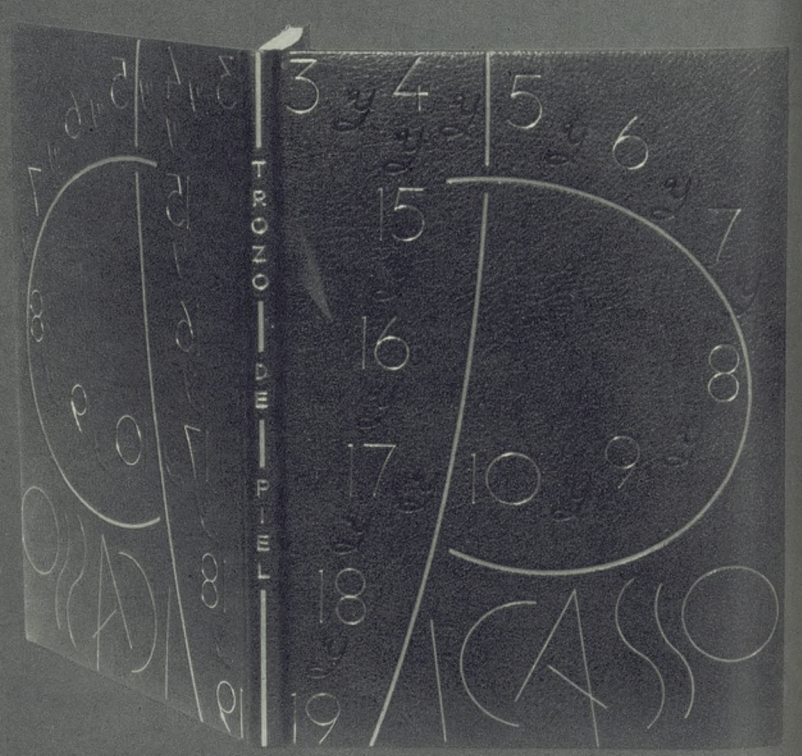
Nació en Fuentenebro (Burgos), pero muy niño vino a Madrid. Es uno de los hombres que todo lo deben a sí mismos, a su propio esfuerzo, a su voluntad. Consciente de su vocación, luchó desde el primer momento con toda clase de dificultades. Descubrió y estudió para sí mismo los secretos y técnicas de la profesión. Tiene en la actualidad cincuenta y cuatro años. Posee varias recompensas. En 1949 fue contratado por el Presidente de El Salvador con mil dólares al mes, y ejecutó en lujo la encuadernación de la Constitución, impartiendo la enseñanza durante dos años. Considerado como un maestro joven, Palomino no es sólo un ejemplar artista, sino un creador.

Ahora, ante el III Congreso Internacional de Bibliofilia, que se celebra en Barcelona y Madrid, la encuadernación artística es tema de actualidad, arte en el que España destaca notablemente y que es necesario mostrar con los honores que merece una especialidad cuyos cultivadores son excepción.

EDUARDO MARCO

(Reportaje gráfico de Basabe.)

«Leyes de Enrique II, Juan I y Enrique III».



Pablo Picasso: «Trozo de piel».

Esta jovencita está muy lejos de pensar que los colores de su alegre indumentaria son productos de la química. Hace 100 años, al fundarse „Farbwerke Hoechst", el número de tonalidades era limitado. Hoy en cambio, trajes de color, pinturas de alegre colorido, y carteles de colores policromos están a la orden del día. Hoechst contribuye a ello con centenares de colorantes para los fines y aplicaciones más diversas.
La grata impresión que producen los colores, constituyen una de las mayores emociones que percibe el ser humano. Ayudar a la humanidad es la misión de la industria química. para la que . . .

...el hombre es lo primero de todo

RA 39 - Sp

1863
CENTENARIO DE HOECHST
1963

Farbwerke Hoechst AG., Frankfurt (M), Alemania
Representantes en Espana:
Hoechst Iberica S. A. Tuset, 8-12 (Edificio Monitor) Barcelona (6)

En 1863 fué fundada Farbwerke Hoechst. En estos cien años la química ha hecho mucho más fácil y agradable la vida del hombre. Nuestra vida es hoy más larga, obtenemos cosechas más abundantes, nos vestimos mejor y nuestro hogar es más acogedor. A todo ello ha contribuido Hoechst.

Por FELIX TURIENZO

El paseíllo de las cuadrillas en Esquivias.

Entre el Greco y Cervantes, los toros

El profesor Entrambasaguas, el alcalde y el párroco examinan una carta de Santa Teresa y la partida matrimonial de Cervantes.

LOS componentes del XIII Curso de Verano que viene organizando el Instituto de Cultura Hispánica y la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid para estudiantes norteamericanos, han sido invitados a presenciar una corrida de toros en Esquivias, por el Ayuntamiento. Naturalmente, es buena ocasión para visitar sus lugares cervantinos y de paso admirar los Grecos de Illescas. Y allá vamos. Para estas muchachas norteamericanas, ávidas de hispanismo, de lo «typical Spanish», el viaje supone una pequeña aventura. Pero al principio están un poco recelosas.

—Los toreros serán malos. ¡En Esquivias!—me dice una pelirroja taurófila.

—No lo sé. En el pueblo de al lado, en Borox, nació Ortega.

—¿Y qué tiene que ver el Greco con los toros?—insiste.

—Algo, señorita. Fue paisano del Minotauro.

Me temo no haber disipado sus dudas, mas el autocar ya rueda por los campos de Madrid. «¡Verdes campos de Madrid!», dice Lope en *El infanzón de Illescas*. Teniendo a mano a un lopista como Entrambasaguas, a una señorita tan guapa y tan culta como la profesora Trapero, uno siente ganas de pedir aclaraciones. ¿Fantasía lopesca? ¿Eran verdes en su tiempo los campos de Madrid? No vemos sino el ocre de la estepa, el gris del hormigón: rascacielos dando verticales a la llanura. Rascacielos y fábricas ultramodernas. Sol de fuego. Y el azul rasgado por una bandada de estorninos.

El Greco

¡Illescas! La señorita Trapero nos ha dado en el autocar, por el micrófono, un cursillo intensivo sobre la pintura del cretense. Penetramos en la iglesia del Hospital de la Caridad, que aún pregona la munificencia de Cisneros. ¿Qué pensarán de nosotros estas monjitas de albas vestiduras, tan cortésmente lejanas? Cazo un gesto desdeñoso en la chica pelirroja, que pronto se trueca en admiración. ¡El retablo es de plata labrada y maciza! Los cuadros valiosos abundan, pero son los Grecos los que nos interesan. Este San Ildefonso, de tonos cálidos, veneciano—el oro, el granate—; estas vírgenes extáticas, ascensionales, en mezclas inauditas de verde y amarillo, de negro y verde, contrastadas en rojo y azul. Los tres lienzos mejores se hallan en un camarín encristalado que atesora exvotos de otras edades, de hombres que ya no son. Las rubias yanquis vacilan. ¿Admirarán la ternura de estas imágenes, la ingravidez de estos cuerpos que rompen, voluminizan el óvalo del marco, o curiosearán estos huesos, estos brazos de cera, estos ojos de cristal?

Los toros

Las chicas estadounidenses, admiradas y confusas, charlan en el autocar. Hemos dejado atrás Yeles, tan bello e interesante, y ya

El agregado cultural
de los Estados Unidos,
Mr. Arnaud,
con las autoridades,
preside la novillada.

sólo se habla de Esquivias, de los toros. ¡Oh la corrida! *Bull-fighting and all those queer things*!

Esquivias arde en fiestas. Arde el sol. Arden los guijarros y el polvo. Olor a fritanga, bullicio de chiquillería, pregones a grito pelado, masas acosando el coso, charangas, caballerías, clarines y banderas.

El ruedo, de carros, en la plaza del Ayuntamiento, con su inevitable fuente central. Telón de fondo: el cerro que señorea Esquivias, cerro con ermita y algunos árboles. Y ahora, los toros. El paseíllo. Los espadas son dos mozalbetes de catorce abriles; sus antagonistas, cuatro morlacos que saben latín y otras lenguas muertas. Las norteamericanas fotografían a diestro y siniestro. Es tan excitante, tan hermoso, tan bárbaro. El primer torete empitona al espada, y a una «miss» le da un soponcio. El torerillo se retuerce de dolor; pero, intimidado por su padre, vuelve a la fiera. Observo las reacciones de la pelirroja taurófila y de una rubia platino dulcemente hierática. Los ídolos futuros despachan a los astados valerosa, descabelladamente. El público se entusiasma o se indigna. Orejas y rabo, pitos y bronca.

Esquivias, hogar cervantino

Acabada la fiesta, el alcalde nos regala con el famoso vino de Esquivias, alabado por Cervantes. Esquivias está lleno de Cervantes. Sus casas solariegas, sus callejones, sus calles sin ventanas ni puertas—bardas de corrales nada más—, sus patinillos, sus plazuelas, son cervantinos. Todo le recuerda. En una plaza, su estatua, obra de Avalos. En otra, la de Astrana Marín. Esta casona blasonada es la de los Quijano. La otra, en cuyo escudo campean las Ordenes de Malta y de Santiago, fue de la novia de Cervantes. ¡Vaya con doña Catalina! ¡Quién iba a decirle que en su casa venderían chicharros! Hundimos los pies en el polvo, acosados por gallinas, perros, chiquillos y mozos que ofrecen sus botas a las guapas de América. La atmósfera cervantina es perfecta en su ingenuidad. No hay *pastiche*, sino superposición. Esquivias salta del siglo XVI al siglo XX con inconsciencia asombrosa. Nos hacemos a un lado, amenazados por un tractor. Pero después es la polvareda de un rebaño de ovejas. Vive Cervantes. Vive Don Quijote.

Y ya estamos en la inconfundible casa de Cervantes, con su extraño torreón-chimenea, como barco anclado en la llanura. En el zaguán, una tinaja enorme. La bodega fresca y umbrosa. El balcón donde el gran don Miguel, de cara a las estrellas, al táctil silencio del llano, rumiaba aventuras e ilusiones. Gran parte de su existencia transcurrió aquí, pues, apaleado cien veces por la vida, se refugiaba en Esquivias en busca de la ayuda de sus suegros.

¿Cómo sería su esposa, esta doña Catalina, dueña de majuelos hoy inexistentes? Curioso que en todos los documentos sea ella la doña, la dueña, la linajuda y encopetada. El otro, el otro, que únicamente escribió el *Quijote*, es Miguel a secas.

Vista exterior de la casa de Cervantes.

El futuro de Esquivias

Hay detalles tristes en su hogar. Si estas buenas gentes de Esquivias supieran aprovechar el tesoro en sus manos... Empero, la iglesia parroquial—fabulosa de joyas de arte: la *Virgen de la leche*, de Roldana; las pinturas castellanas y flamencas—nos quita el mal sabor de boca. Y nos admira con la labor de su párroco, don José Gallardo Sánchez. Este sacerdote ejemplar ha realizado—solo—una obra extraordinaria en pro del patrimonio artístico de Esquivias. Ha cuidado con amor los recuerdos cervantinos. Nos muestra dos documentos de incalculable valor: la partida matrimonial de Cervantes y una carta autógrafa de Santa Teresa. Después, en el parque por él mismo creado a espaldas del templo, nos hablará de sus penas y sus ilusiones. Hace falta una ruta turística cervantina. ¿Y qué más cervantino que Esquivias? Aquí vivió, aquí sufrió don Miguel.

—Habría que revalorizar este pueblo —sueña el párroco—. Hacer que se detengan aquí los turistas que van a Toledo.

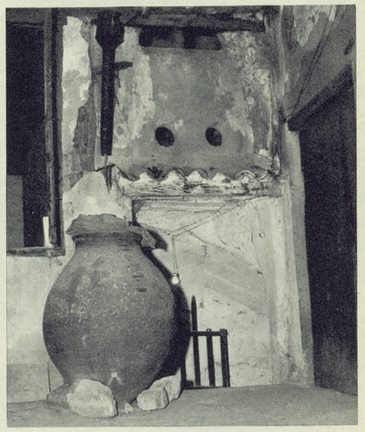
Las chicas norteamericanas le escuchan con grave atención. Y una dice:

—Si en Arizona tuviéramos un Illescas, un Esquivias, hasta el polvo de las calles sería de oro.

Al regresar a Madrid vamos un poco tristes. Pero ¿quién no vence la tristeza contagiado por el optimismo de estas muchachas? Retorna el buen humor, vuelve la alegría. Y el autocar resuena con sus canciones tejanas, con canciones de esa América que Cervantes ansió conocer.

F. T.

(Reportaje gráfico de Barahona.)



Una tinaja en el zaguán de la casa de don Miguel.

Montserrat Caballé da clase de recitativo en el Hostal.

música en Compostela

Un alto curso de información e interpretación

VIENEN de todas partes. Hay alumnos japoneses, norteamericanos, suecos, de Hispanoamérica, Francia, Inglaterra, Italia... Fraternizan con los de España. Son ya músicos de carrera concluida y, en muchos de los casos, con la de concertista iniciada. Conocen el éxito y podrían, ellos mismos, ser profesores. Prefieren agruparse en las aulas compostelanas—nobilísimas, improvisadas aulas del Hostal de los Reyes Católicos, de Fonseca y del Colegio de San Clemente—para confirmar o revisar posiciones en torno a la música española y su verdadera interpretación. El sambenito del pintoresquismo y la culpable libertad pesa gravemente sobre el repertorio nacional. So pretexto del temperamento—del ¡olé! y la pandereta—, se cometen mil tropelías y abusos. ¿Cómo es el estilo de un compositor, su manera, su expresión justa? ¿Qué música española es más representativa y por qué? ¿Cuáles son las obras y los nombres actuales más significativos? Todo ello se despliega en las clases, las reuniones, los intercambios de información e interpretación. En las aulas y en las charlas de confraternidad, que ligan a profesores, discípulos, oyentes, amigos.

El signo «Amigos de Compostela» parece presidir estas semanas. Los «Amigos» conceden becas, apoyan de mil formas la realización del ciclo. No hay ayudas oficiales sustanciosas, pero la Dirección General de Relaciones Culturales procura la difusión del empeño. José Miguel Ruiz Morales, Margarita Pastor, Ramón Borrás, Romero de Lecea, forman el Patronato rector, con artistas de renombre universal: Andrés Segovia, Gaspar Cassadó... Ahora, este año, cuando se publiquen estos comentarios redactados a medio curso, la Universidad compostelana habrá saludado y recibido solemnemente a su nuevo doctor *honoris causa*: Andrés Segovia, caballero andante de la guitarra por el mundo. Universidad y Ayuntamiento se hermanan gozosos en prueba de adhesión.

En las cátedras, nombres de sumo rango. Conchita Badía enseña con el ejemplo —con el alma—cómo se canta la música española, y se enciende como cuando, en su adolescencia, era discípula e intérprete predilecta de la obra de Enrique Granados. Montserrat Caballé, figura lírica sin fronteras, habla del recitativo y la dicción en clases complementarias y magníficas. Las de Hans von Benda, titular de la Orquesta de Cámara de Berlín, atienden al conjunto instrumental, mientras Enrique Ribó se ocupa del vocal como timonel muy firme. Antonio Brosa, Marcial Cervera y Rafael Puyana presiden con autoridad los apartados que se dedican al violín, el violoncello y el clavecín. Alicia de Larrocha y Antonio Iglesias, como siempre, con la brillantez de siempre, se reparten la parcela pianística.

Hay clases y demostraciones. No resulta raro que la ofrenda al Señor Santiago, el Santo Apóstol, se lea por una alumna de pronunciación exótica y rasgos que acusan el origen lejano. Tampoco escuchar una tonadilla castiza a una estilizada y rubia nórdica. Se dan conciertos y serenatas. Santiago se presta como caja de resonancia insuperable. Los paseos solitarios en la noche regalan percusiones no soñadas sobre las nobles losas. La armonía, el encanto de plazas, calles y monumentos, dan lecciones de equilibrio que es arte, al ser presencia de siglos con actualidad gozosa.

«Música en Compostela» es un lujo en el mapa artístico de España. Y una real necesidad, antídoto de mixtificaciones torpes y adulteraciones culpables de nuestro espíritu.

Desfile de alumnos hacia la catedral para interpretar el «Canto de Ultreia». (Fotos Arturo.)

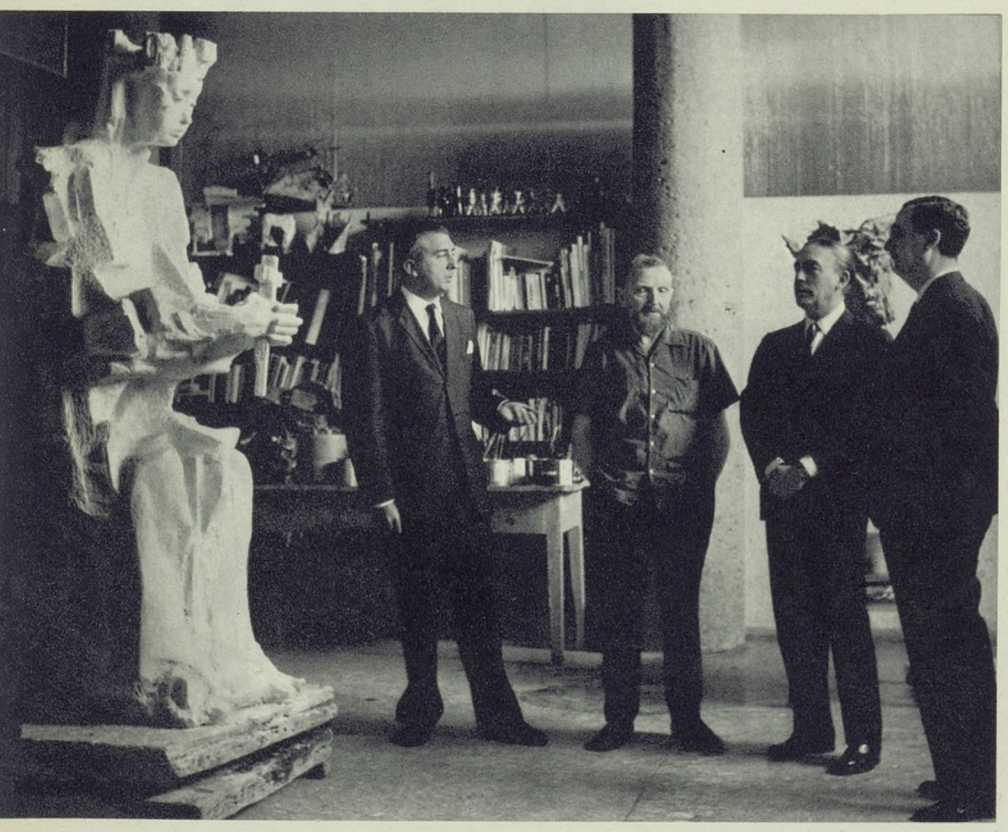
Por

ANTONIO FERNANDEZ-CID

Castiella, a la O.N.U.

El excelentísimo señor don Fernando María Castiella, ministro de Asuntos Exteriores de España, ocupa de nuevo en estos momentos la máxima actualidad en el plano internacional. Presidente de la delegación española ante la Asamblea General de la O. N. U., cumple, una vez más, relevantes servicios para su patria y para el concierto de amistad entre las naciones. Los importantes temas planteados en aquella Asamblea tienen en el señor Castiella un valedor de primerísima categoría. Su inteligencia y su tacto diplomático le han situado en un lugar de privilegio en esta hora del mundo donde los intereses y la voz de España y de la Hispanidad tanto han de contar para el futuro de todos los pueblos.

Escultura de Isabel la Católica para Santiago de Chile

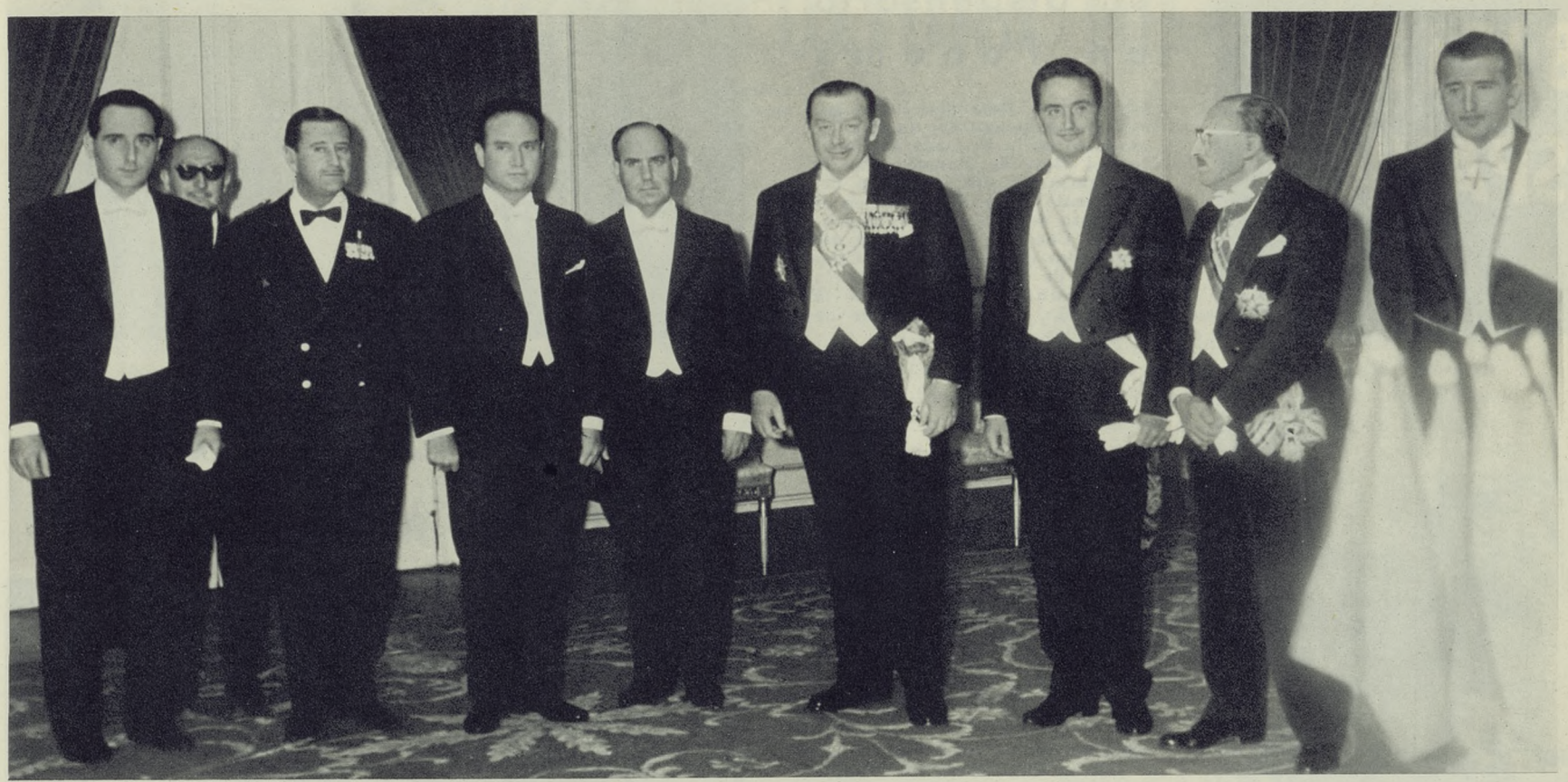


Por encargo del Instituto de Cultura Hispánica, el escultor Pablo Serrano ha realizado una estatua de Isabel la Católica con destino a Santiago de Chile. En la fotografía aparecen, en el estudio del artista y junto a la obra, de izquierda a derecha, los señores Suárez de Puga, secretario general del Instituto; Pablo Serrano; Marañón Moya, director del Instituto de Cultura Hispánica, y González Robles, comisario de Exposiciones.

Estudiantes hispanoamericanos a bordo de la "Santa María"

Un grupo de estudiantes hispanoamericanos ha asistido, a bordo de la reproducción de la «Santa María», anclada en el puerto de Barcelona, a un acto que presidió el director del Instituto de Cultura Hispánica. En la foto aparece el señor Marañón con el grupo hispanoamericano, durante la lectura de textos alusivos a la epopeya de Colón, en la cubierta del barco.

La Misión española en Paraguay



Una Misión extraordinaria española presidida por el ministro de Industria, señor López Bravo, ha asistido en Asunción a los actos de toma de posesión del Presidente de Paraguay, Stroessner. En la fotografía, los miembros de dicha Misión con el Presidente paraguayo: de izquierda a derecha, los señores García Mina, secretario de la Embajada española en Paraguay; Miláns del Bosch, agregado militar y representante del Ejército del Aire; Vericat, director general de la Industria Textil; De la Sierra, director general de la Construcción; el Presidente de Paraguay; el ministro español López Bravo; Giménez Caballero, embajador en aquel país, y Suárez de Puga, secretario general del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid.

Entre las reuniones diplomáticas y culturales celebradas en Asunción durante la permanencia de las distintas misiones extranjeras que asistieron a la toma de posesión del Presidente Stroessner, hubo una sesión especial de la Junta de Gobierno del Instituto paraguayo de Cultura Hispánica, en la que se recibió al señor Suárez de Puga, quien informó ampliamente de las actividades del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, coordinándose la futura labor entre ambas entidades.

Cursos para extranjeros en Barcelona

Se han celebrado en la Universidad de Barcelona los cursos generales de verano para extranjeros, con asistencia de estudiantes de distintos países. En la fotografía, jóvenes cursillistas de ambos sexos y diferentes razas.

Distinción a una dama colombiana

El ministro consejero de la Embajada de España en Bogotá, conde de Montefuerte, ha impuesto a la señora viuda de Alzate Avendaño las insignias de miembro de honor del Instituto de Cultura Hispánica, cuya distinción le ha sido concedida como reconocimiento a sus servicios en pro de la amistad hispano-colombiana.

OBJETIVO HISPANICO

Inauguración de un dispensario en Panamá

Las Damas Españolas-Panameñas han inaugurado un dispensario en la barriada de Puente del Rey, de Panamá. En la fotografía aparece la esposa del Presidente de la República en el momento de cortar la cinta simbólica. Con ella, la esposa del embajador de España, doña Cristina F. de Alabart; doña Alicia de Inchausti, presidenta de la Asociación, y doña Consuelo de Hernández.

Los hijos de los emigrantes, ante Don Quijote

Los treinta muchachos hijos de emigrantes españoles que trabajan en el extranjero que han pasado sus vacaciones veraniegas en el albergue juvenil de Benicarló, invitados por la Delegación Nacional de Juventudes y el Instituto Español de Emigración, ante las estatuas de Don Quijote y Sancho del monumento a Cervantes en la plaza de España, a su regreso a Madrid, de paso para sus hogares.

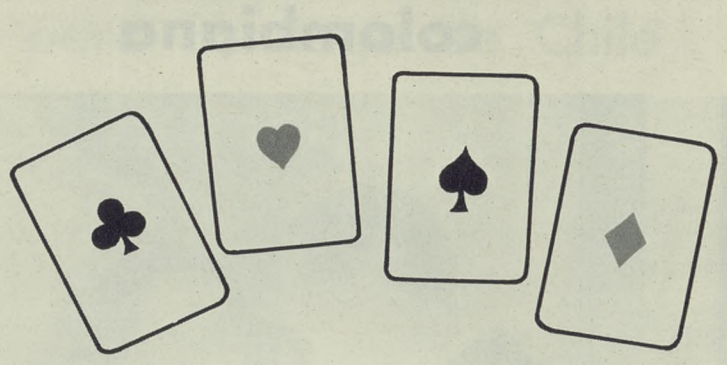
Clausura del Curso para estudiantes norteamericanos

En el Instituto de Cultura Hispánica se ha celebrado el acto de clausura del XIII Curso de Verano para estudiantes norteamericanos, segunda sesión, organizado por el Instituto en colaboración con la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. Pronunció unas palabras el secretario del Curso, don Enrique Ruiz-Fornells, y, finalmente, el director del Instituto, don Gregorio Marañón, declaró clausurado el ciclo y entregó los diplomas de asistencia.

Tuna sevillana en Berlín

La tuna de la Universidad Técnica de Sevilla recorre, al compás de sus guitarras y mandolinas, la Kurfürstendam. En el curso de su viaje por Europa, los estudiantes sevillanos hicieron esta breve escala en el Berlín occidental.

TURISTAS



¡SOLO TRIUNFOS!

PEUGEOT 404

- Es el coche por excelencia.
- Bajo coste de adquisición.
- Lujoso.
- Económico.
- 145 Km./hora.

Y además con recompra asegurada.

Entregas rápidas en T. T.

Autotodo, S.L.

HERMOSILLA, 123 • MADRID - 9 • TELEFONO 256 30 13

"EL INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA"

Con este título, el prestigioso diario «ABC» de Madrid publicó el siguiente editorial, que con gusto reproducimos:

HEREDERO del Consejo de la Hispanidad, que animó Manuel Halcón, el Instituto de Cultura Hispánica tiene ya más de tres lustros de existencia. Su crecimiento ha sido ininterrumpido desde su fundación, pero en el último año, bajo la dirección de Gregorio Marañón, ha multiplicado sus actividades de modo ciertamente considerable. El Instituto no es instrumento de acción política. Es, después del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, la empresa cultural más importante que en los últimos años ha creado el Estado. Su finalidad específica es la de aproximar espiritualmente a los pueblos hispánicos, dar a conocer recíprocamente sus respectivos valores culturales y crear la alta base doctrinal que tiene sus raíces en el hecho de la Hispanidad. Y en esta línea ha realizado un esfuerzo que sólo en un opúsculo cabría inventariar, tan numeroso ha sido el índice de las actividades del Instituto.

En el último decenio España se ha convertido en un importantísimo centro de estudios para toda Hispanoamérica. Sólo el curso pasado el Instituto ha concedido más de cuatrocientas becas completas a universitarios del otro lado del Atlántico. Pero, además, una eficacísima labor de aproximación cultural ha hecho que en el año 1963 haya excedido de 15.000 el número de iberoamericanos que han realizado sus estudios superiores en España. Esta es la cifra más alta que registran las estadísticas mundiales. Además, centenares de escritores, artistas, periodistas y profesores han visitado nuestro país, bien para completar sus investigaciones, bien para participar en reuniones internacionales. Los intercambios anuales de esta naturaleza pueden cifrarse alrededor del medio millar. Sólo el reciente Congreso de Instituciones Hispánicas agrupó a más de cuatrocientas personalidades eminentes de la cultura hispánica, desde los poetas a los sociólogos. También los vértices de la vida universitaria americana han venido a anudar lazos con los profesionales y las instituciones en nuestro país. Sólo en el curso de los últimos meses, e invitados por el Instituto de Cultura Hispánica, han venido a Madrid el ministro de Trabajo de Costa Rica, el ministro de Educación del Ecuador, el presidente de la Academia venezolana de la Historia, el rector de la Universidad de Río de Janeiro, el decano de la Universidad Tecnológica de Buenos Aires, el rector de la Universidad Técnica de Valparaíso, el subsecretario de Educación de la Argentina, el director del I.C.E.T.E.X. de Bogotá, etc.

A veces han sido grupos completos, como el de senadores de Costa Rica, el de profesores de la Universidad de San Marcos, el de profesores de español de Filipinas, el de universitarios argentinos y el de periodistas iberoamericanos (sólo de este último han participado 107 representantes de las cadenas informativas más importantes del Nuevo Mundo). Cursos especiales de edafología, de técnica forestal, de documentación, de pedagogía y de literatura del idioma común han reunido en las aulas madrileñas muchos centenares de miembros de las futuras minorías dirigentes de Hispanoamérica.

Este largo y creciente esfuerzo de fraternización cultural ha producido ya frutos no sólo tangibles, sino, en ocasiones, espectaculares. Son ya pocos los intelectuales españoles de prestigio que no han hecho oír su voz en las capitales de la América de habla castellana y que no han vuelto a la patria sin una versión directa y cordial de las Españas del otro lado del mar. Centenares de ingenieros, profesores, artistas, hombres públicos que hoy figuran en la vanguardia de la vida espiritual de Hispanoamérica, han recibido una buena parte de su educación en el meridiano de Madrid. Las editoriales españolas se han establecido en México y Buenos Aires. Algunas de las obras más representativas del pensamiento hispanoamericano se han impreso en nuestro suelo. En las vitrinas de las librerías de aquende y de allende el Atlántico están confundidos los pies de imprenta barceloneses, limeños, bonaerenses, mexicanos, quiteños y matritenses. Pronto el área cultural hispánica será un todo homogéneo, un campo de interacción mutua, un ámbito coherente, como corresponde a sus raíces unitarias, a la solidaridad idiomática y a los rasgos ideológicos comunes, es decir, a esa hispanidad a cuya conceptuación dedicó el gran Ramiro de Maeztu lo mejor de su vida de varón esforzado y de pensador tenaz.

En este nobilísimo esfuerzo de poner a la altura del tiempo los ideales hispánicos y de fortalecer un área cultural que es depositaria de algunos de los valores más egregios de Occidente, el Instituto de Cultura Hispánica ocupa un lugar decisivo. Es, como ha dicho el «Jornal do Comercio», de Río de Janeiro, «el lugar geométrico del movimiento hispanoamericano». Poco nos parecerá siempre cuanto haga España en esta vía de entendimiento espiritual que le imponen no sólo un glorioso destino histórico, sino también un imperativo de servicio a esa grande y fabulosa empresa que es la gran tarea del futuro: la unificación espiritual del género humano. Y en este magno proceso, el paso más grande que registra la historia es, junto a la romanización, el de la Hispanidad.

Concurso de reportajes en

MUNDO HISPANICO

La revista MUNDO HISPANICO abre sus páginas a la colaboración de cuantos fotógrafos y periodistas quieran enviarnos reportajes para nuestra publicación, en los que se valorarán su interés y, de manera especial, su vigencia y novedad periodística. No habrá limitación alguna de temas, pero se tendrán muy en cuenta aquellos reportajes que reflejen la realidad viva y actual del país donde se realicen.

Este concurso se regirá por las siguientes

BASES

1.ª Podrán concurrir a este Certamen todos los fotógrafos y periodistas españoles, hispanoamericanos, brasileños y filipinos, con tantos reportajes como estimen oportuno.

2.ª Cada reportaje constará de un número de fotografías no inferior a seis, cuyas dimensiones mínimas se fijan en 18 × 24 cm. Si el reportaje viene realizado total o parcialmente en color, el tamaño de las transparencias, positivadas, no será inferior a 6 × 6 cm.

3.ª El texto correspondiente tendrá unas dimensiones que pueden oscilar de los tres a los diez folios, escritos a máquina y a dos espacios. Debe entenderse que este texto puede constituir un trabajo paralelo a las fotografías que lo acompañen, o estar redactado de manera que sirva de amplios «pies» para esas mismas fotografías. En el primero de los casos, estas fotografías traerán, al dorso, una breve leyenda explicativa de su significado.

4.ª El plazo de admisión de los reportajes está abierto desde la publicación de las presentes Bases y quedará cerrado el 30 de noviembre de 1963. Los envíos se harán a MUNDO HISPANICO, apartado postal núm. 245, Madrid-3 (España), especificando en el sobre: «Para el Concurso de Reportajes.»

5.ª El jurado que otorgará los premios será nombrado por la Dirección del Instituto de Cultura Hispánica y por la revista MUNDO HISPANICO, y sus nombres se darán a conocer oportunamente. Dictarán su fallo en el mes de diciembre de 1963.

6.ª Se establecen los siguientes premios conjuntos:

PRIMERO	30.000 ptas.
SEGUNDO	15.000 »
TERCERO	10.000 »

Los reportajes premiados quedarán de propiedad de la revista.

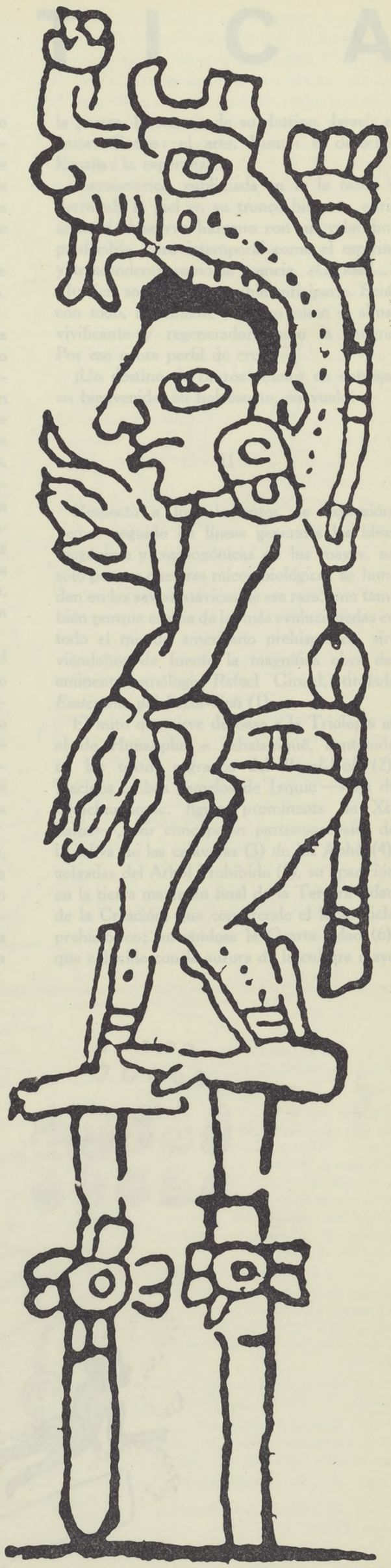
7.ª MUNDO HISPANICO se reserva el derecho de publicar, a medida que los vaya recibiendo, los reportajes que, a criterio de la Dirección, merezcan ser incluidos en sus páginas, abonando en todo caso el importe de esta colaboración.

8.ª La publicación anticipada en MUNDO HISPANICO de cualquiera de los reportajes recibidos será dictada por los intereses inmediatos y específicos de la revista e independientemente de la decisión final del concurso.

9.ª La participación en este concurso supone la conformidad con las presentes Bases por parte del concursante.

MARIO
ANCONA
PONCE

TRILOGIA DEL HOMBRE NUEVO



GRABADO número 1.—Lámina de la página 21 del Códice Tro-Cortesiano, donde aparece un danzante Chitic —«el que anda sobre zancos»—, que era conocido, según Landa, por los mayas de Yucatán, y que, conforme Girard, era una de las diversiones que ejecutaban Hunanphú e Ixbalamqué, al resucitar bajo la apariencia de hombres-peces, para distraer al pueblo de Xibalbá y mantener oculta su identidad, en espera del momento de someter a sus señores

GRABADO número 2.—Lámina del Códice Vaticano A, que representa, en un campo adornado de espiras, símbolos serpentiformes asimilados a las colas de Hun Batz y Hun Chouén, algunos monos cuyo génesis nos explica el «Popol-Vuh» por el castigo que a ambos impusieron Hunanphú e Ixbalamqué

GRABADO número 3.—Lámina del Códice Tro-Cortesiano reproduciendo al dios B con cara de murciélago, que se precipita desde el cielo llevando en la mano el hacha que cercenará la cabeza de Hunanphú

GRABADO número 4.—Lámina de la página 42 del Códice de Dresde, en la que, en la parte superior, aparece el dios B en posición de impetrar del cielo el descendimiento de la gracia divina y después en actitud de sembrar el maíz, que cae en el interior de la tierra, donde germinará; episodio reproducido en la parte inferior, que simboliza el inframundo, donde es decapitado Hunanphú y muere voluntariamente para renacer después

GRABADO número 5.—Lámina del Códice Tro-Cortesiano que muestra al dios B en el acto de sembrar un horcón que, en seguida, destruye el dios A, restaurándolo a continuación el dios joven Hunanphú

GRABADO número 6.—Lámina del Códice Borgia, que representa un cántaro de agua, símbolo de la Luna, en cuyo interior está un conejo, simbolizando la cooperación que el animalito prestó a Ixbalamqué, diosa lunar, durante el juego de pelota que ésta libra sola contra los de Xibalbá, mientras Hunanphú permanece degollado

ANTECRITICA

I

El Descubrimiento y la Conquista de América, hechos que cambiaron el curso de la Historia y cuyas últimas consecuencias no se cumplen aún, si bien se presienten, son algo más que un simple derroche de audacia o una momentánea proyección de fuerza. Por debajo de los accidentes y aspectos formales que los tipifican, corre su auténtico significado de fenómenos ecuménicos que, rebasando la apariencia, se perfilan como resurrección, peregrinaje y síntesis. Cantar estas esencias es el objeto de la presente Trilogía.

En la primera parte buscamos compendiar la significación del Descubrimiento y la Conquista para la América prehispánica. Bajo los cascos de los caballos de los conquistadores la tribu desaparece, articulándose en la organización imperial —¡crisol de nacionalidades!—, que barre las viejas fronteras biológicas con el génesis de la raza, que burla los primitivos límites de selvas y montañas con un impulso descubridor eslabonado en progresiva concatenación geográfica, que vence los círculos teogónicos y cosmogónicos de los mitos atávicos con la huella católica del Cristianismo.

La tribu desaparece por cumplir un destino adivinado. Aferrada a su mundo, lo defiende con su sangre, sin miedo a morir, convencida, por sus creencias, que la tierra triunfa siempre de la muerte. Por eso, la presencia española cobra para la tribu autóctona verdadero sentido de resurrección. Vuelve a la tierra para renacer transformada en un nuevo mundo y en un hombre nuevo.

¡Muere intrépida para resucitar invicta!

Encarnado el mestizaje, universalizado el espíritu, cumplido el destino, en la segunda parte intentamos recoger la esencia del movimiento independentista de Iberoamérica, no en lo que tiene de simple pugna entre hermanos, sino en lo que tiene de peregrinaje de los pueblos nuevos por la tierra. Tanto para enriquecerse con la savia de la Rosa de los Vientos, cuanto para renovarla con su sangre virgen.

Iberoamérica, desbordadas las riberas de los océanos que no aciertan ya a contenerla, irrumpe en el curso de la historia como realidad viva. Se lanza al encuentro de su propia palabra inexpresada, oyendo todo y recordando sólo cuanto presta voz a las resonancias telúricas de su atavismo acrisolado. Abierta en banda a todos los vientos, vive la entrega de quien no se ha encontrado y se busca por fuera y, al buscarse, va descubriéndose a pedazos.

Por eso, la independencia tiene para Iberoamérica un auténtico sentido de dispersión que acaba redescubriéndose en la convergencia de todos los caminos dispares sobre la tierra curva. Horizonte avante, Iberoamérica se aleja de sí misma, fraccionada en galaxia, para volverse a encontrar transformada en cosmos por el mundo.

¡Se divide errante para multiplicarse eterna!

Cuando, cumplida la síntesis en un futuro cada vez más próximo, Iberoamérica, universalizada en sus esencias, haga del verbo instrumento de acción creadora para la humanidad, su mensaje a los hombres y a los pueblos será de espíritu y de redención. Tal es el sentido de su común destino que, en la tercera parte, tratamos de expresar.

Más allá del poderío efímero de las armas, dejada atrás la glora trashumante de la hora de triunfo y de grandeza, los pueblos que han sobrevivido en el tiempo son los que han aportado a la historia del hombre valores que los han trascendido y que han constituido, a la postre, la esencia de su destino. Israel: el amor. Grecia: el arte. Roma: el derecho. España: la esperanza...

Iberoamérica, sublimada en fe la razón y derrotada la piel en su tronco bifronte, enriquecerá el acervo humano con un valor impredecible, pero intemporal como el espíritu y trascendente como la esencia. ¿Caridad...? ¿Justicia social...? Imposible anticiparlo. Será, con todo, informante y activo como el alma, vivificante y regenerador como la sangre. Por eso cobra perfil de cruz.

¡Un destino de brazos abietos en entrega, en bienvenida, en holocausto, en vuelo!

II

Respecto a los elementos de expresión, hemos seguido en líneas generales las ideas teogónicas y cosmogónicas de los mayas, no sólo porque nuestras raíces biológicas se hunden en las savias atávicas de esa raza, sino también porque es una de las más evolucionadas en todo el mundo americano prehispánico, sirviéndonos de fuente la magnífica obra del eminente etnólogo Rafael Girard, titulada *Esoterismo del Popol-Vuh* (1).

El mito que sirve de base a la Triología es el de Hunanphú e Ixbalamqué, contenido en los textos sagrados del *Popol-Vuh* (2). Nacidos ambos gemelos de Ixquic —«hija de Chuchumaquic, figura prominente de Xibalbá»—, por concepción partenogenésica de la saliva de las calaveras (3) de los Aphú (4), colgadas del Arbol Prohibido (5), su aparición en la tierra marca en final de la Tercera Edad de la Creación, que comprende el largo ciclo prehistórico; iniciándose la Cuarta Edad (6), que coincide con la aurora de la cultura maya

y que se caracteriza por la divinización del maíz y de los astros, especialmente el Sol y la Luna, así como por el paso del matriarcado al patriarcado en la organización tribal, la sistematización de los cultivos, la derrota de la muerte y una nueva concepción del universo (7), si bien eminentemente mitológica todavía.

Transcurridos sus primeros años entre las vejaciones de sus primos Hun Batz y Hun Chouén (8), hasta que, en castigo, los convierten en monos, y dedicados desde entonces a enseñar a los hombres con el ejemplo el cultivo de la tierra, especialmente del maíz (9), Hunanphú e Ixbalamqué descienden más tarde a los infiernos, retados por las potencias del mundo inferior —los Xibalbá— a un juego de pelota en el que éstos pretenden darles muerte. Hecho que simboliza el momento en que ambas deidades deben medir fuerzas y vencer a las potencias reinantes, según Girard, reduciéndolas a demonios en la nueva Edad (10).

Al partir hacia el inframundo, ambos hermanos dicen a su abuela Ixmucané y a su madre Ixquic: «Cada uno de nosotros sembraremos una caña de maíz en medio de nuestra casa; si se marchitan, será señal de que hemos muerto. Ya murieron, diréis entonces. Pero si retoñan: ¡Están vivos!, diréis. ¡Oh, abuela nuestra! ¡Tú, abuelita! ¡Tú, madre nuestra! No llores, por eso les dejamos la señal de nuestra palabra, les dijeron los gemelos. Eontonces Hunanphú sembró una caña e Ixbalamqué hizo lo mismo; dentro de la casa las sembraron y no en el campo, ni tampoco en tierra húmeda, sino en medio de su casa las dejaron sembradas» (11).

Tras superar las pruebas de la Cueva Oscura, la Cueva de los Pedernales, la Cueva del Frío, la Cueva de los Tigres, la Cueva de los Murciélagos y del degollamiento de Hunanphú a manos del Vampiro Celeste (12), al asomarse a mirar «por la boca de su cerbatana si ya amanecía» —episodio que representa, según nuestro autor, tanto la muerte aparente del grano de maíz para convertirse en planta, cuanto la del sol para renacer con la aurora—, «se pusieron frente a frente y, juntando los dos hermanos las manos, unas sobre otras, se precipitan en la hoguera, muriendo los dos juntos (13), para resucitar al quinto día en medio de las aguas, bajo la apariencia de *winak-car*, o sea hombres-peces (14). Metamorfosis que inspira, en cierto sentido y salvadas las distancias que nos separan de ese mundo, la parte segunda de la Trilogía.

Así, transfigurados y bajo ropas de pordioseros, los dos hermanos se presentan de nuevo a los señores de Xibalbá, en anagnórisis que recuerda un poco grotescamente a la Odisea, e identificándose los ultiman en buena parte, sometiendo al resto (15). Vencidas las antiguas deidades, Hunanphú e Ixbalamqué «partieron de allí en medio de la luz, e inmediatamente se elevaron al cielo: uno al Sol y otro a la Luna; en seguida se iluminó la bóveda celeste y la faz de la tierra, quedándose ellos en el cielo. Entonces subieron también los Cuatrocientos Muchachos a quienes mató Zipacná y se volvieron compañeros de aquéllos y se convirtieron en estrellas del cielo» (16). Ascensión que, como bien comenta Girard, simboliza la exaltación de ambos hermanos a dioses solares, una vez consagrados como dioses del maíz, y que alienta, guardada la proporción debida, en el fondo de la tercera parte de la Trilogía.

III

En el aspecto formal hemos buscado exprofesamente acentuar en la medida de lo posible el matiz arcaizante, recurriendo no sólo al pareado, que es la estrofa más simple, y al número exacto de los mismos en cada parte, sino también a versos poco usuales en la métrica castellana, como son el de quince sílabas y el eneasílabo, buscando guardar en ellos, hasta donde ha cabido, tanto el axis rítmico a base de palabras graves, cuanto la acentuación prosódica simétrica, a fin de imprimirles el ritmo pesado y mecánico que suele caracterizar las manifestaciones poéticas primitivas.

Abundando en el propósito, hemos utilizado, dentro de la mayor fidelidad posible, las imágenes teogónicas y cosmogónicas mayas, como son la de descender a la tierra por la ceiba (17) —vv. 13 a 26—; la de atravesar las nueve regiones del infierno ocultos en el cráneo del dios (18) —vv. 29 y 30—; la de morir a manos del Vampiro Celeste para ser convertidos en pelotas del juego que libran las fuerzas del Bien y del Mal y renacer en espigas de maíz (19) —vv. 31 a 36—; la de caminar por las aguas transfigurados en *winak-car* (20) —vv. 61 y 62, 75 y 76, 81 y 82—; las de los rudos encadenamientos silogísticos tendentes a demostrar que el maíz (21) —vv. 66 a 72— y el mar —vv. 83 a 88— son fuentes de vida y que el hombre es el hijo del Sol (22) —vv. 103 a 112—; así como la de subir a los astros para volverse luz —vv. 123 a 126, 131 a 140, 145 y 146—. Incluso hemos recurrido a expresiones y términos estereotipados del texto del *Popol-Vuh*, tales como «caña» (23), «casa» (24) y «caña plantada en mitad de la casa» (25).

No pretendemos haber logrado con todo esto más que contribuir en cierta medida, y dentro del marco de las concepciones teogónicas y cosmogónicas mayas, acrisoladas por el Cristianismo y por la obra civilizadora de España, a dar expresión poética al inmarchitable ideal del destino común y la imperativa unidad futura de nuestros pueblos, en la síntesis de espíritu y sangre de la Hispanidad.

M. A. P.

NOTAS

(1) GIRARD, RAFAEL: *Esoterismo del Popol-Vuh*. Editorial Stylo. México, 1948.

(2) «La autenticidad aborigen de esta obra maestra del pensamiento maya ha sido aceptada ya por autores como BRINTON, MÜLLER, RAYNAUD, RODAS, VILLACORTA, RECINOS, etc., quienes demostraron que no obstante haberse escrito durante la época colonial, la citada fuente era genuinamente indígena y extraña al pensamiento occidental.» Cfr.: *Op. cit.*, pág. 22.

(3) De aquí arranca, según GIRARD, el culto de las calaveras, tan típicamente mexicano, que durante la época colonial se identifica con la celebración del Día de Difuntos. Cfr.: *Op. cit.*, página 105.

(4) Padres de Hunanphú e Ixbalamqué. Cfr.: *Op. cit.*, pág. 82.

(5) El Árbol Prohibido que, a partir de ese momento, pasa a ser sagrado, era la ceiba. Cfr.: *Op. cit.*, pág. 105.

(6) Cfr.: *Op. cit.*, pág. 136.

(7) Cfr.: *Op. cit.*, especialmente, páginas 201, 208, 221-222.

(8) Hijos de uno solo de los Aphú. Cfr.: *Op. cit.*, pág. 82.

(9) Cfr.: *Op. cit.*, pág. 142 y siguientes.

(10) Cfr.: *Op. cit.*, pág. 190.

(11) Texto del *Popol-Vuh*, que, según GIRARD —*Op. cit.*, pág. 154—, comprueba «la doble función de dios del maíz y dios solar de Hunanphú, presentándonos, además, un caso típico de desdoblamiento en que las cañas de maíz sembradas por los gemelos son su *alter ego*».

(12) Para todos estos pasajes, confróntese: *Op. cit.*, pág. 159-167.

(13) Texto del *Popol-Vuh*. Confróntese: *Op. cit.*, pág. 182.

(14) Según el autor —pág. 183—, el hecho de que los gemelos resuciten al quinto día, identifica a Hunanphú «como dios-numeral Cinco», porque es «el tiempo que media entre la siembre del grano y su transformación en una matita de maíz con su primera hoja». Como sin agua la semilla de maíz no florece, es por lo que los hermanos piden ser sepultados en el río y resucitan bajo la apariencia de hombres-peces.

(15) Para todo este pasaje, confróntese: *Op. cit.*, pág. 148-190.

(16) Texto del *Popol-Vuh*. Confróntese: *Op. cit.*, pág. 202.

(17) «La ceiba, el árbol cósmico... será en adelante un emblema consagrado por el martirio... Por las ramas de la ceiba descienden las generaciones humanas, como descendieron Hunanphú e Ixbalamqué en el seno de su madre.» Cfr.: *Op. cit.*, pág. 105.

(18) Para las nueve regiones del infierno, cfr.: *Op. cit.*, pág. 193. El hecho de bajar ocultos en el cráneo del dios es alusión —cfr.: nota 3— al culto de las calaveras.

(19) Para lo relativo al juego de pelota, cfr.: *Op. cit.*, pág. 83 y siguientes; para lo relativo al juego de Ixbalamqué contra los Xibalbá, cfr.: pág. 178-180.

(20) Cfr.: Nota 14.

(21) «El maíz ha llegado a constituir la fuente principal de la vida, hace participar al hombre en la naturaleza divina, es la esencia misma de la divinidad que entra en la formación del género humano...» Cfr.: *Op. cit.*, pág. 222.

(22) En el orden escatológico la ascensión de Hunanphú simboliza la conversión del muerto en un espíritu divino que se eleva al cielo, como el de los Cuatrocientos Muchachos, para formar el alma de las estrellas y hacerle compañía al Sol.» Cfr.: *Op. cit.*, página 203.

(23) En cuanto al término «caña», tenemos, según GIRARD —*Op. cit*, página 196—, que «el nombre de Ce Acalt —*una caña*— de la teogonía mexicana, es el que mejor expresa la divinización del maíz por Ixmucané».

(24) En cuanto al término «casa», tenemos que «la superficie plana en el centro de la que se hallan colocadas las matas de maíz, simboliza el altar con el ídolo y también el plano cósmico cuyo centro es el templo». Cfr.: *Op. cit.*, página 196.

(25) La expresión «en mitad de la casa» equivale a «el punto central del cosmos». Cfr.: *Op. cit.*, pág. 154.

I

CANCION DEL HOMBRE DE BARRO

Hermanos de barro y arcilla de toda mi tribu
venid a la tierra. ¡Marchemos!

La tierra es la madre fecunda que guarda en su seno
la mágica esencia del hombre.

Volvamos al fondo profundo y callado del lodo
que esconde en su carne la vida.

Los tiempos esperan los frutos colmados de oro
del dios vencedor de la muerte.

El bosque nos cierra camino y aguardan las milpas
la espiga dorada y fecunda.

Volvamos de nuevo a la tierra y alegres andemos.
¡Hagámonos todos semillas!

Bajemos al mundo maldito de engaños y males
haciéndonos sangre en la ceiba.

Busquemos respuesta al misterio buceando en sus ondas
de savia. ¡Hagámonos selva!

Del áspero tronco fornido, que vence a los siglos,
colguemos en cruz nuestro cuerpo.

La frente en su cúpula verde, que burla al invierno,
clavemos cual nueva esperanza.

Abiertos en rígidas ramas, floridas de nidos,
dejemos los brazos hercúleos.

En nudo salvaje de fieras raíces serpeantes
hundamos las piernas atadas.

Libremos la carne de formas. Filtremos la sangre
por venas atávicas. ¡Vamos!

Al torvo inframundo bajemos por ver la victoria
rotunda del dios Hunanphú.

Crucemos las nueve regiones del mágico infierno
ocultos detrás de su cráneo.

Muramos al tajo del hacha del santo vampiro
que aguarda en el aire su cuello.

Miremos el juego triunfal de pelota que libran
las fuerzas del bien y del mal.

Ya muertos, hagámonos vida de nuevo en la caña
plantada en mitad de la casa.

¡Abajo los moldes de huesos que vencen al suelo
con músculos firmes y duros!

¡Afuera los límites todos que apartan al hombre
del férvido amor de la tierra!

Volvamos al barro fecundo que vence a la muerte
creando sin tregua la vida.

El sol ya proclama los tiempos propicios y plenos
de todas las siembras cumplidas.

Las milpas esperan, soñando volverse crisoles
ardientes repletos de oro.

¡Hermanos, la pródiga tierra nos ama y espera!
¡Hagámonos todos espigas!

¡En flor las espigas darán a los siglos el fruto
de gloria del hombre no visto!

II

CANCION DEL HOMBRE DE ESPUMA

Hermanos de bronce y de mármol de América toda
venid hacia el mar. ¡Caminemos!

Despierten los brazos dormidos en selvas hercúleas,
que inmóviles crecen y viven.

Caminen las piernas ancladas y vueltas raíces
sin pasos en medio del tiempo.

América es caña plantada en mitad de la casa
del dios vencedor de la muerte.

América es caña rodeada de espuma. No tienen
abierto camino sus pasos.

Llegada es la hora de andar por los mares profundos.
¡Hagámonos todos de sal!

Ya baten las olas tambores de guerra golpeando
las costas pletóricas... ¡Vamos!

La tierra ha cumplido su vieja promesa de vida:
¡Un mundo han gestado las cañas!

Sus tallos pequeños se han vuelto montañas inmensas
y ríos sus tiernas raíces.

Sus flores se han vuelto en los tiempos serpientes,
venados, faisanes y pájaros.

Sus frutos volviéronse hombres de carne amasada
con sangre de barro y espuma.

La tierra ha cumplido su vieja promesa de vida.
¡Cumplamos ahora la nuestra!

Cumplamos ahora la nuestra de hacer que la tierra
camine de pie por las aguas.

América debe volver al misterio profundo
del mar insondable y despierto.

Hundámosla aprisa, que esperan el mundo y los hombres
la flor del maíz fecundante.

Hagamos que el agua nos vuelva pescados errantes.
Tengamos por puerto las olas.

¡El mar es la prístina fuente de toda la vida!
Las algas son barro nacido.

Las flores son algas brotadas al beso del aire
en labios sedientos de arena.

Los frutos son flores cerradas que esconden apenas
la carne del dios vuelta espiga.

¡Arriba mareas rugientes de espuma que cantan
canciones que el tímpano sabe!

¡Revienten las venas ocultas que laten al ritmo
del pulso febril de la tierra!

¡Desborden las olas de sangre del mar de la vida
que saltan de padres a hijos!

Ya anuncian los claros heraldos del dios de la aurora
el tiempo esperado por todos.

¡Hermanos, las playas desiertas aguardan insomnes
un largo desfile de huellas!

América, oye... Ya baten tambores de guerra
las olas... ¡Los Andes, al mar!

III

CANCION DEL HOMBRE DE LUZ

Hermanos de fuego y diamante de toda la tierra
venid hacia el sol. ¡Avancemos!

El sol es el padre amoroso que engendra la vida
volviendo semilla la luna.

La luna es la madre que inventa las suaves mareas
del seno fecundo del agua.

El mar es la entraña que alumbra con hondos latidos
la pródiga tierra florida.

La tierra es el vientre que acuna en sus pliegues ocultos
la caña dorada y fecunda.

La caña es la fuente de luz y esperanza del hombre.
¡Y el hombre es el hijo del sol!

Los brazos hercúleos y abiertos transfórmense en alas
que suban en pos de los astros.

Por blancos y claros, etéreos peldaños de nubes
las piernas ingrávidas suban.

Ya todos los mares del mundo su espuma han trocado
en vasto maizal ondulante.

Ya toda la tierra es un campo de espigas doradas.
¡Hagámosla ahora de luz!

Subamos de nuevo a la cumbre sin meta del cielo
prendidos, cual alas, del viento.

Ganemos de un salto la altura y hagámonos chispas
del sol esplendente y fecundo.

Dejemos los ojos abiertos brillando incendiados
por siempre en las claras estrellas.

Ya toda la casa repleta desborda de cañas
cargadas de flores y frutos.

Ya el éter nos cierra camino, rodeando la esfera
el círculo azul del vacío.

Doremos el cosmos inmenso con nuevos maizales,
haciendo de luz nuestra carne.

Volvamos los rubios luceros semillas gigantes,
sedientas de largas espigas.

Tornemos las huellas errantes de raudos cometas
en surcos de cósmicas siembras.

Volvamos mazorcas enormes las altas galaxias
que estallan en granos de fuego.

Hagamos del bello universo la milpa infinita
de eternas antorchas vivientes.

¡Dejemos, hermanos, desnuda la vida de carne,
colores y formas y edades!

¡Dejemos desnuda la sangre de cauces y orillas,
cual rojo clavel en la tierra!

El charco de sangre dejemos que el sol se lo beba,
haciéndonos rayos sin sombra.

¡Hermanos, llegada es la hora de andar por los aires!
El día lo anuncia... ¡Volemos!

¡Hagámonos todos luceros, cometas y estrellas,
abriendo los brazos en cruz!

GASTON
BAQUERO

En un lugar de América, el 11 de octubre de 1492

Facsímil del lienzo de Tlaxcala. Ilyocán, primer lugar tlaxcalteca a que llegó Cortés. Se ve a Cortés a caballo acompañado de un guerrero y otro jefe con rodela. Marina aparece de pie

I

Parece ser condición universal de los humanos una cierta capacidad de premonición de los grandes acontecimientos. Poco antes del nacimiento de Cristo, multiplicáronse las señales, las inquietudes, los «avisos» de que algo muy singular estaba al producirse... Hoy, gracias al esfuerzo de los investigadores y a la interpretación correcta de los primeros relatos sobre el Nuevo Mundo, sabemos que desde hacía cierto tiempo —acaso una o dos generaciones antes— las gentes que vivían al otro lado del mar europeo presentían el gran cambio que se produciría en sus vidas. Lo presentían y lo deseaban.

Estilización de una flor.

Quecholli (ave preciosa). Fiesta que celebraba al dios Mizcoatl.

Dada la diversidad de culturas, de grupos humanos, de sensibilidades, es lógico que variase la intensidad de las intuiciones. En los grandes centros de las culturas superiores era donde se agitaba una conciencia, cada vez más angustiosa y más cierta, de la novedad que se aproximaba. Y dentro de esos grandes centros, a su vez, era en las *élites* intelectuales, entre los pensadores y los artistas, entre los poetas, músicos y pintores, donde más punzante se patentizaba la seguridad de un inminente cambio. Dijérase que sentían el lento girar sobre sus goznes de la gran puerta de la Historia. Adivinaban que algo trascendental, ajeno a sus voluntades y deseos, avanzaba sobre ellos en forma inexorable.

Miramos hacia América, siempre, al resplandor del 12 de Octubre. Esto nos da del Nuevo Mundo una perspectiva ya europea, hispánica ya. Juzgamos toda la historia posterior a la luz del Descubrimiento, y esto hace inevitable el juicio por comparación, no el juicio en sí, objetivo. ¿Qué tal si nos preguntáramos, para observar aquel escenario bajo una luz distinta, qué era América el 11 de octubre de 1492? Creo que este cambio de perspectiva tiene alguna eficacia, no sólo porque nos permite ampliar un tanto nuestro criterio sobre el valor de la obra española en América al no subestimar al indígena tanto como es habitual hacerlo, sino también porque nosotros, habitantes de la Tierra, pobladores hoy de este planeta —minúsculo miembro de un sistema que a su vez es minúscula porción de una galaxia, que a su vez...—, vivimos ahora exactamente en la actitud metafísica, política, social, literaria, en que vivían los pobladores de América el día 11 de octubre de 1492.

II

Es realmente asombroso cómo, por la fascinación ejercida por un hecho tan notable como la conquista y civilización españolas de América, no nos hayamos todavía acostumbrado a detenernos un poco más en el conocimiento de los seres y de las colectividades a quienes los españoles transformaron.

Se tiene, por lo general, una visión tan errónea de lo que era América aquel 11 de octubre, que sólo podemos explicárnosla con un ejemplo: si ahora llegara desde otro planeta una expedición y desembarcara en una pequeña aldea africana, o incluso en algún rinconcillo de ciertas áreas rurales europeas, ¿qué pensarían de nuestra civilización los visitantes? Habría que leer sus primeros mensajes y relaciones del Descubrimiento a su país de origen. Ellos no se habrían podido enterar de la existencia de las grandes capitales, de la ciencia, de la religión, de la filosofía, de la literatura terrestres. Tendrían por muy rudimentarios a los pintores y a los músicos. La incomunicación del idioma les impediría por mucho tiempo percatarse de que estaban en presencia de seres con un repertorio de ideas, de tradiciones, de símbolos. El significado de la vida de los indígenas, nosotros, se les escaparía por completo. Y si, como es muy probable, nuestros próximos visitantes extraterrestres llegan en son de búsqueda de nuevas provincias y reinos para sus imperios, no dedicarán su tiempo a estudiarnos, sino que se apresurarán a dominarnos y a enseñarnos lo que para ellos es el *summun* de la inteligencia, de la moral y de la ciencia.

La llegada de los españoles a América fue recibida con una mezcla de júbilo y de temor por las naciones y reinos. Hallábanse todos los reinos aterrorizados por un «peligro mundial», el de la invasión progresiva y tenaz de los caribes, y los guardianes de las altas culturas veían con dolor cómo era muy posible que, de no intervenir la divinidad, una fuerza trascendente, las guerras internas, la insensatez de los hombres, la invasión enemiga, el «peligro mundial» en una palabra, iban a dar al traste de un momento a otro con siglos y siglos de esfuerzos y de superación.

Era cierto que aún quedaban en el Hemisferio zonas salvajes, vergüenza de todos; era cierto que, pese a las tenaces recomendaciones, aún subsistían aquí y allá restos de antropofagia; era cierto que el nivel de vida de los grandes núcleos humanos resultaba inferior al de las *élites*, y esto irritaba a sacerdotes y economistas, porque servía de cebo a los perturbadores y a los enemigos extranjeros para provocar conflictos y hasta guerras. Pero frente a eso, la civilización, en general, avanzaba. Los sacrificios humanos por motivos religiosos, disminuían; tal como ocurría en Europa. (¿En qué año fue quemada Juana de Arco?) La esclavitud sólo quedaba ya para los enemigos capturados tras la victoria: exactamente como en Europa. Las torturas, el desmembramiento del cuerpo en máquinas terribles, sólo eran aplicados

Facsímil del lienzo de Tlaxcala. Representa a Cortés a caballo, precedido de un rodelero y de cuatro tlaxcaltecas que son atacados por indios que van en canoa

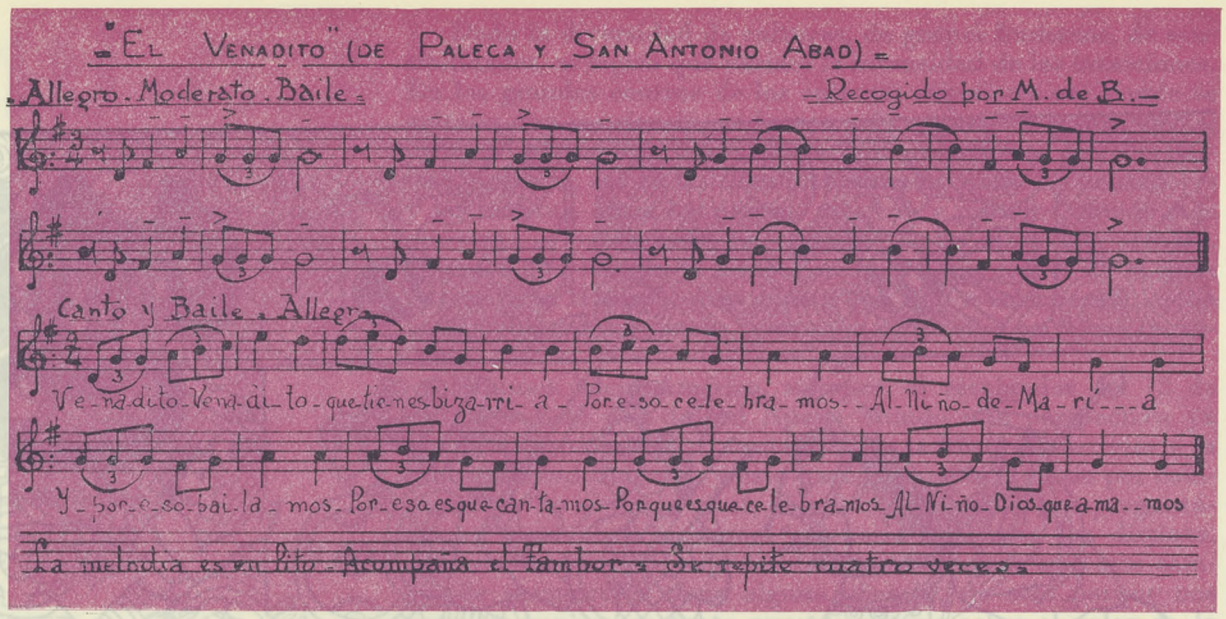
ya en casos de grandes jefes tomados al enemigo. (¿En qué año se llevó a cabo el «Juicio de Nuremberg»?) El tormento al prisionero para hacerle confesar, ¿no era una práctica normal en los medios más civilizados de la Tierra? Y en cuanto a la moral, los reinos hallábanse dando una fuerte batida a las malas costumbres. Dependía del grado de civilización el grado de energía aplicada en la restricción de los pecados mayores. Es muy posible que el mismo día y a la misma hora estuviesen quemando vivo por sus malas costumbres sexuales a un señor en alguna plaza española, italiana o francesa, y a otro de idénticas inclinaciones en alguna plaza peruana o mexicana. Hacia fines del siglo XV, Europa se encontraba agitada por grandes aires de renovación y de innovación. Lo propio ocurría en América. Y cuando decimos Europa, nos referimos a los grandes centros de cultura, a los medios representativos de la civilización. Esa misma óptica hay que tener para aquella América: en los medios superiores, que aparecían diseminados por el Hemiferio, los sacerdotes y los guerreros hallábanse en gran actividad. Cada día eran más los que creían en un único Dios Creador, y en un Paraíso y en un Infierno para después de la muerte. Y cada día eran más los que creían en la Resurrección, y más los que practicaban el estar alerta, con las armas en la mano, frente al enemigo... Quedaban núcleos de supersticiosos, de salvajes, de gente inculta y cerril, pero ¿cuántos siglos iba a necesitar todavía Europa para liberarse de la hechicería, de los hombres transformados en animales, del miedo a los fantasmas y a los filtros amorosos o de muerte?

No estoy exponiendo un paralelismo total, una identidad, entre la Europa de 1492 y la América de ese año. Señalo simplemente la existencia de una América en trance histórico mucho más delicado y significativo de lo que acostumbramos a reconocer. Había allí una crisis, una decadencia, un fin de época. América, en suma, hallábase madura para la nueva vida del Cristianismo, pues la crisis de sus religiones era profunda. Como hallábase Europa madura para el Descubrimiento, pues resultábale asfixiante ya la capacidad territorial en que se movía, y asfixiante el cerco de sus enemigos. Europa estaba acorralada, geográfica, económica y militarmente. Había hecho crisis la religiosidad medieval, y en los grandes centros de cultura se volvían los ojos hacia otras épocas. El Descubrimiento de América fue el encuentro de dos grandes crisis: una de crecimiento, la europea, y otra de decandencia, la americana. Las dos ramas se necesitaban recíprocamente. Y los dos mundos, gracias a ese encuentro, superaron sus crisis, y hallaron nueva materia prima para seguir tejiendo el tapiz de la Historia.

III

Aquellos remotos parientes nuestros —y nos referimos, naturalmente, a los grupos representativos, a los portadores de alta cultura, y, por tanto, «radares» capaces de adivinar un cambio profundo—, hallábanse viviendo bajo el desasosiego de una universal inseguridad. Todo lo que se sabía de algún país vecino, era noticia perturbadora. Los viejos no acertaban a comprender qué era lo que le ocurría a la juventud, para que se hubiese vuelto, en unos pocos años, tan contraria a las tradiciones, tan rebelde sin motivo justificado (justificado a los ojos de los viejos), tan inquieta y desagradable.

En tanto que los viejos vivían sus últimos días aferrados al ayer, y proclamaban a cada paso que todo tiempo pasado fue mejor, los jóvenes, la generación venida al mundo al final de la última Gran Guerra con el país vecino, sólo confiaban en los tiempos futuros. Los nacidos hacia 1472, lo mismo si vieron el Sol en tierras aztecas o en tierras araucanas, habían perdido casi por completo la devoción al planeta Venus, y cada vez era más difícil llevarles a cumplir con los dioses. La Luna y el Sol se quedaban sin prestigio mágico a paso de carga. Era evidente que la juventud del Tahuantisuyo, como la de los territorios nahuatl o tolteca, sentía, por una parte, como un complejo de culpabilidad por pertenecer a una civilización que había llegado a tales extremos de incapacidad organizativa, de autoritarismo y de retraso



Versión de «El Venadito», danza de la cual se habla en el «Popol Vuj». Todavía lo bailan y cantan los indios

Etzacualiztli (comida de buñuelos). En esta fiesta se honraba a Tlaloc, dios de la lluvia

Perú. Pinturas de un vaso de la necrópolis de Ancón

social; y, por otra, se sentía llamada a realizar ella los grandes avances y transformaciones que sus padres y abuelos no habían sabido ni intentar siquiera.

La falta de comunicación entre las generaciones era el máximo dolor de los sacerdotes. La incredulidad se había apoderado de los niños, y una precocidad realmente extraña, venida indudablemente del Cielo, transformaba aun a los más pequeños en seres que sólo reaccionaban alegremente ante lo más nuevo. Los reinos eran recorridos por augures que no se cansaban de inventar fábulas sobre supuestas novedades que estaban al producirse. De esas novedades, la mayor era —¡cosa absurda y que mucho hacía reir a los viejos!— la inminente llegada de unos hombres provenientes de otro mundo, probablemente desprendidos del planeta Venus, viajeros en unas extrañas máquinas. A esos hombres —¿o serían monstruos?— y a sus máquinas, representaban de continuo, en sus fantasías tan incomprensibles, los pintores de la última hornada.

IV

¡Los pintores y los poetas! ¡Cuánta locura y dificultad para entenderlos! La poesía, particularmente, que fuera por tanto tiempo el himnario, el libro de amores, la canción de cuna, se había vuelto una cosa extraña, sibilina, indescifrable. «Es lo moderno», decían los jóvenes como única explicación. «Lo sentimos así, y así escribimos», añadían cuando se dignaban explicar un poco más. Y ante los ojos cansados de los ancianos, aun de

los más cultos ancianos de cada reino, desfilaba una pintura recién creada, que no decía nada a su sensibilidad.

En el hecho, para mí indudable, de la intensa crisis espiritual vivida por los naturales del Nuevo Mundo en las vísperas del Descubrimiento, radica la explicación de la dificultad afrontada hoy por quienes intentan descifrar los códices y pinturas precolombinas. No se trata tan sólo de que no entendamos el idioma o el lenguaje simbólico, pues está perfectamente estudiado el lenguaje de cada región. Se trata de que el arte había llegado a una abstracción y concentración tales, que presenta para nosotros la misma dificultad que tendrán en su día los hombres de Marte o de Venus para comprender la música de un Anton Weber, o la pintura informalista. La abstracción no quiere decir forzosamente una etapa superior, sino sencillamente una necesidad espiritual de buscar, con intensidad, con concentración exagerada, la explicación para un misterio.

Si los poetas y pintores de mediados del siglo XV en el Nuevo Mundo eran tan oscuros, débese a que tenían ante ellos, como horizonte, una gran oscuridad histórica, una incertidumbre que los llevaba a ensayar las más recónditas respuestas para sus interrogaciones. El arte de los viejos maestros, señaladamente en la escultura, ya no les decía nada. Había entrado en crisis su relación con las aves y con las nubes, con el dios del fuego y con el maligno que pactaba todavía con sus abuelos. Ellos se habían quedado sin dioses y sin elementos naturales vigorosamente recibidos; habían perdido la luz. Su sensibilidad estaba tendida, como un arco tenso, hacia el futuro inmediato: ellos, los jóvenes, presentían la llegada de algo excepcional. Todo iba a cambiar en derredor suyo, lo adivinaban, lo sabían ya, y el cambio lo anticipaban en la revolución estética, en la selección de nuevas formas para expresar un alma nueva. Los poetas favoritos, los de la nueva ola, decían al alma atormentada de la generación más joven cosas como éstas:

¿Acaso es verdad que se vive en la tierra, ¡ay!?,
¿acaso para siempre en la tierra?

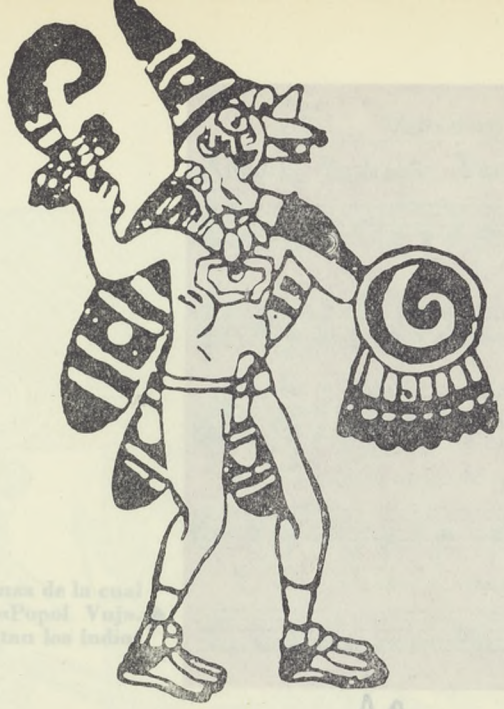
Hasta las piedras preciosas se resquebrajan,
hasta el oro se destroza, hasta las plumas finas se desgarran.
¿Acaso para siempre en la tierra?
¡Sólo un breve instante aquí!

Este poema del rey Netzahualcoyotl, el amado por Darío y por la Mistral, el traducido con amor por Fernando de Álava Ixtlilxochitl, ¿no nos recuerda a T. S. Eliot? En los poemas largos del rey poeta trasúntase el mismo sentimiento de desolación que hallamos en *La Tierra Baldía*. Es impresionante el «sabor» de modernidad, de actualidad, que tiene la poesía precolombina:

—Ya cayeron en lluvia las flo-
[res, comience el baile,
oh amigos, aquí, en el Lugar de los
[Atabales.
¿En espera de quién estamos, a quién
[echa de menos nuestro corazón?.

—Oid, ya baja del interior del
[cielo, ya viene a cantar,
ya le responden los niños que vi-
[nieron a tañer la flauta:
—Yo soy Cuauhtencoz y sufro
[desamparo:
sólo con tristezas he aderezado mi
[florido atabal.
¿Son aún, acaso, fieles los hombres?
[¿Son fieles nuestros cantos?
¿Qué es lo que perdura incó-
[lume?
¿Qué hay que llegue a feliz éxito?
Aquí vivimos, aquí estamos y aquí
[sufrimos, oh amigos.
Por eso he venido a cantar:
¿Qué decís, oh amigos de qué tra-
[táis aquí?
—Al concurso enflorado llega el
[forjador de cascabeles:
yo vengo a cantar entre llantos a
[la casa hecha de flores:
si no hay flores, si no hay cantares,
aquí en mi casa todo es hastío...

Ochxpanixtli (aseado, barrido). Fiesta mexicana dedicada al dios Toci («Nuestra Abuela»), a quien se representa con una escoba en la mano



Quetzalcoatl, dios de los cholultecas, con escudo Copilli, manta papalotl, figurando una mariposa y llevando el signo del Atlatl en la mano derecha

En este y en otros muchos poemas de la época se siente palpitar la crisis religiosa. Ellos, como tantos contemporáneos nuestros, habían perdido la ligazón, la unión espiritual. Todo se les volvía interrogaciones y dudas, búsqueda, dificultad, misterio. El arte oscuro es una explicación clara de la oscuridad exterior.

V

La religión había hecho crisis, incluso dentro del clero. Los sacerdotes jóvenes estaban ansiosos por modificar las viejas, las gastadas prácticas, que habían conducido a la rutina y al anquilosamiento de los dioses. Era cierto que después de las últimas guerras se había producido una revolución profunda, y habían sido abandonados los procedimientos tiránicos por parte de los gobernantes. También era cierto que se abrían paso las nuevas tendencias filosóficas y morales, apartándose ya los centros de alta civilización de aquellas horrendas prácticas que tanto avergonzaban a los jóvenes intelectuales: la antropofagia estaba prácticamente superada, el sacrificio de mancebos y doncellas comenzaba a caer en desuso, y, por fin, se admitía la ofrenda de animales a los dioses.

Rompiendo con la tradición de los conventos o templos cerrados, los sacerdotes de la última promoción lanzábanse a la calle, recorrían ciudades y reinos, predicaban ansiosos. Querían poner contención a la decadencia de las costumbres, a la inmoralidad, al pesimismo que conducía a los jóvenes a mostrarse como arrogantes e impertinentes desafiadores de la sociedad. Los sacerdotes sabían que la cínica conducta de los jóvenes era una manera de manifestar el oculto temor por la inseguridad del mañana, así como una protesta general ante la resistencia de los mayores a modificar la sociedad en que se vivía; pero ellos no podían alentar tantas demostraciones de incultura, de grosería, de arrogancia. Ni atenuaba el defecto el que se supiera que en todos los reinos los jóvenes venían conduciéndose de igual manera: hasta entre los disciplinados iroqueses —¡y ya esto era el colmo!— se daban casos de grupos de adolescentes que luego de bailar frenéticamente las modernas danzas, se daban a la tarea bárbara de destruir las cosas bellas. De norte a sur, por todos los reinos, multiplicábanse los signos (cada cual dentro del matiz correspondiente a su grado de cultura y a su experiencia de la vida) de que los viejos moldes no eran ya admitidos como vaso o continente de la existencia. Sentíase crujir y deshelarse el armazón de las estructuras. Alzábanse los hijos contra los padres; ardían las guerras civiles, conocíanse inquietudes que jamás ocuparon la mente de los hombres. Los sabios escudriñaban los viejos textos, buscaban en los libros sagrados la explicación de cuanto ocurría, y ya en las páginas del *Popol Vuj*, ya en el libro de Chilam, y ya en las Leyendas de las Generaciones, descifraban los mensajes dejados allí por los profetas de antaño. Ahora se comprendía el

Tecuilhuitl (Fiesta mayor de caballeros), con el dios, vestido como papagayo, llevado a hombros por los mancebos

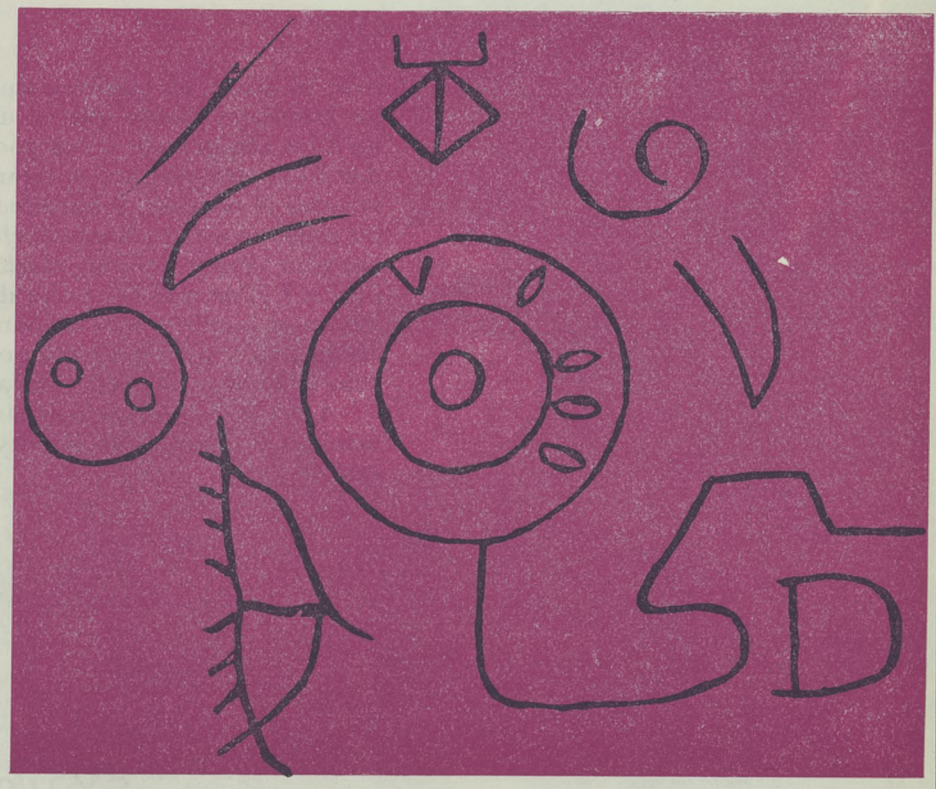
Facsímil en negro del códice Dehesa, pintado sobre piel de venado y doblado a manera de biombo

valor de la reforma religiosa y política ensayada por el civilizador Quetzalcoatl, «Serpiente emplumada», hacía unos trescientos años. Pensemos en Campanella y en Moro. Ahora los eruditos sacaban a flor de tierra los viejos documentos, los códices olvidados, los testamentos. Una gran sed de saber, de explicarse la historia, de desentrañar el misterio de la existencia, recorría los reinos. Para los filósofos de la vieja escuela, se trataba de una decadencia general de las culturas, y preconizaban, con la muerte de los dioses, la pérdida del poderío de las naciones. Para los jóvenes pensadores, audaces, revolucionarios, confiados en el futuro, aquella fiebre, aquella inquietud, aquel resquebrajarse de estructuras no significaba sino que los reinos se aprestaban a vivir una nueva existencia. A medida que se aproximaba el fin del siglo, crecían las esperanzas, porque siempre los humanos creen que al morir un siglo nace una nueva vida. Aquel año de 1492 había estado particularmente cargado de malas noticias, de inquietudes, de inseguridad. Hasta los más revoltosos veían con alegría la llegada del mes de octubre, que en las calendas de las regiones centrales llevaba el nombre de Teotleco, es decir, de la *Llegada de los dioses*. Porque desde los tiempos de la Gran Reforma, el día 4 de octubre daba comienzo en los reinos un mes lleno de fiestas especiales; eran los festejos para hacerse gratos a los dioses nuevos...

VI

En un lugar de América, el día 11 de octubre de 1492, jueves ya anochecido, un hombre mira largamente el cielo. Es un artista, un meditador, un amigo de concentrar sus pensamientos. Una vez más piensa en el enigma del tiempo. En esta noche que sin él proponérselo le parece noche distinta a todas, y mientras el cielo se le figura lleno de signos, piensa en los graves tiempos que viven los humanos. Guerras, sufrimientos, miedo al porvenir, todo lo triste y todo lo estéril parece precipitarse en derredor. Hay revoluciones y amenazas, conmociones de los antiguos reinos, hundimientos de príncipes y de potestades. El Viejo Mundo, el mundo conocido y amado hasta hace poco; el que venía, sólido y orgulloso, desde la noche de los siglos, se estremece, pierde majestad y parece hundirse sin remedio y disgregarse, como se hunde el sol en el océano.

Pero en esta rara noche, el hombre que piensa embebido en las constelaciones no puede, aunque la amarga reflexión debería conducirle a la desesperación como en tantas ocasiones, no puede anegarse en la tristeza. Él no sabe de dónde ni por qué, en esta noche le canta en lo íntimo una serena alegría. Él no puede decir racionalmente en qué asienta su certidumbre de una nueva vida inmediata, de un horizonte maravilloso, de un cambio radical en la existencia de los reinos. Un impulso misterioso le lleva a decir definitivamente adiós, sin pena, a un pasado que no ama. Él es de los que han pedido una y otra vez al cielo un poco de compasión, una respuesta. No quiere vivir entre gue-



Figuras y jeroglíficos del Cerro de Korobán

Tlakaxipehualiztli o fiesta del desollamiento de hombres

rras, ni odiar, ni quiere a unos dioses que piden la sangre de los humanos. Siente que en algún sitio tiene que haber nacido un Dios tan grande y tan poderoso de veras, que sea capaz de dar Él su sangre para aplacar la cólera de los hombres, y suavizarles el corazón, y hacerles totalmente humanos. Mira hacia los cielos en esta radiante noche de octubre, y se siente invadido por una viva y embriagadora esperanza. ¿De dónde viene esta ilusión? ¿Por qué los cielos dicen tanto? «¡Si fuera mañana!», piensa el hombre. «¡Si mañana llegara la respuesta del cielo!», sueña una y otra vez. Y arrullado por esta dulce esperanza se echa a dormir al raso, cara a las estrellas.

A los lejos seguían resonando, como en todos los reinos, las músicas y danzas que los suyos hacían en honor de los dioses que llegan.

G. B.

Guerreros que combatieron a Cortés en «La Noche Triste».